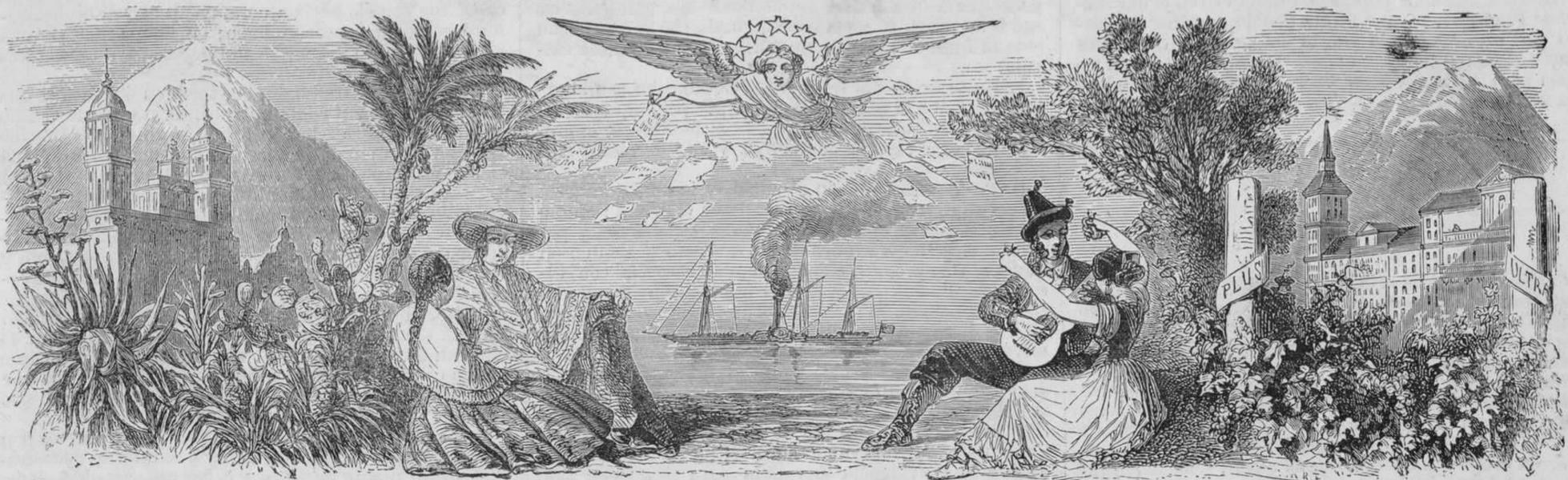


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

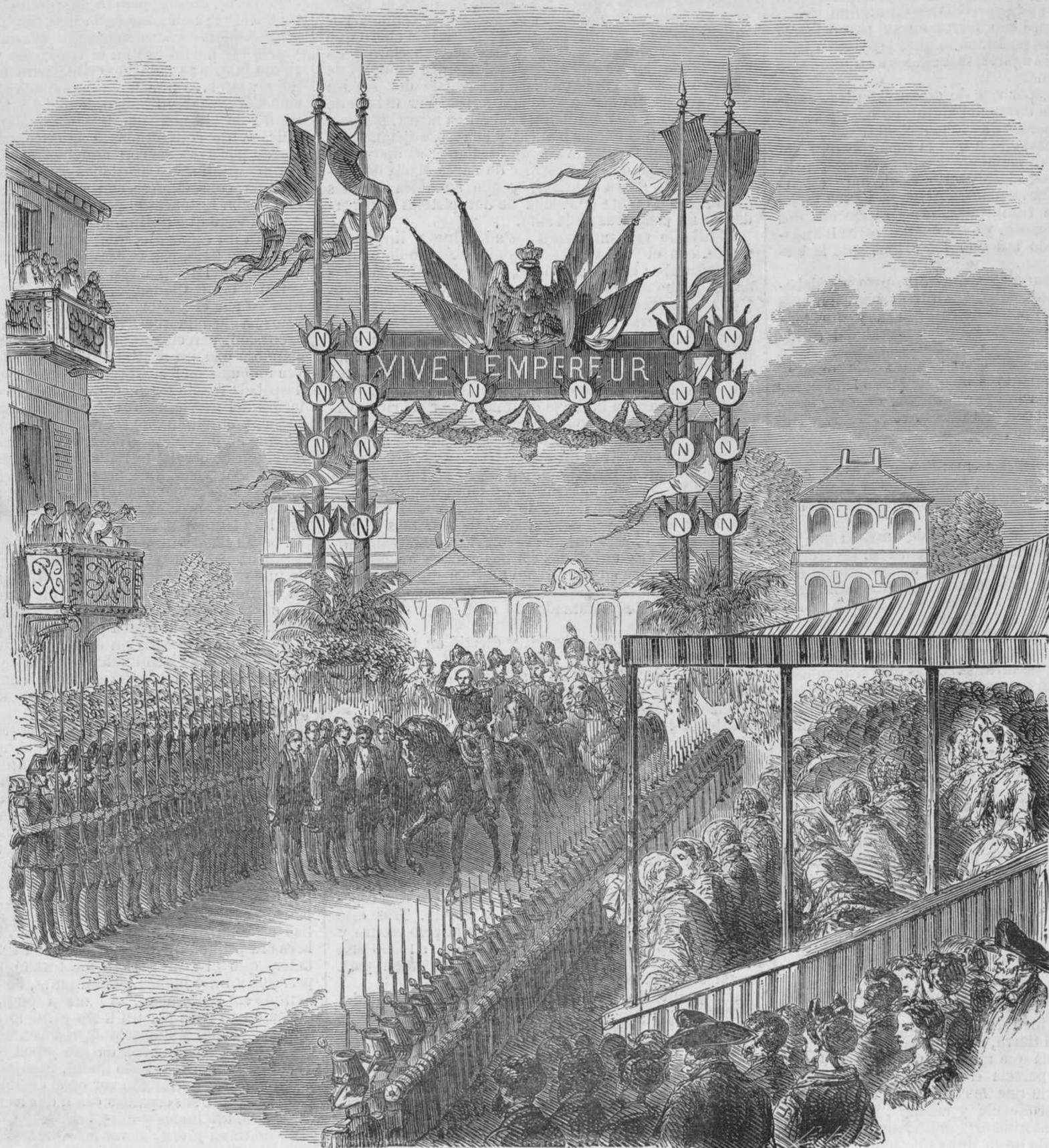
EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 16. — N° 251.

SUMARIO.

Entrada de S. M. en Estrasburgo; grabado. — Fatalidad. — Viaje del emperador Napoleon á Stuttgart; grabados. — Revista de Paris. — La ordenanza militar. — Las aguas de Bodez; grabados. — Inauguracion del canal de Caen al mar; grabado. — Eulalia. — Las bodas del gran duque Miguel con la gran duquesa Olga; grabados. — Fray Luis de Leon. — Revista de la moda. — El campo de Chalons; grabados.

Publicamos en esta página el primer grabado de la serie correspondiente al viaje del emperador Napoleon á Stuttgart, cuya continuacion se hallará en otro lugar de este mismo número, y en el próximo completaremos la historia de la entrevista de los dos emperadores de Francia y de Rusia con nuevos dibujos. Desde luego nos apresuramos á decir sobre esta famosa entrevista de Stuttgart que tan vivamente llama la atencion de la Europa en estos momentos, que todos



Entrada de S. M. el emperador Napoleon en Estrasburgo, por la calle de « la Gare. »

cuantos comentarios hace la prensa acerca de lo acaecido entre los dos monarcas mas poderosos del continente, nos parecen faltos de base, pues hasta ahora nada ha traspasado que pueda dar lugar á ninguna apreciacion positiva.

No obstante, para que no carezcan nuestros lectores de las noticias que se estampan en los periódicos, damos á continuacion un resumen que copiamos del *Diario de Francfort*, de los puntos que, segun dice ese diario, han sido tratados por el emperador Napoleon y el czar Alejandro durante su entrevista en Stuttgart:

1° Reconciliacion entre Inglaterra y Rusia;

2° Negociacion de una alianza ruso-anglo-francesa;

3° Medidas para la pacificacion de Europa;

4° Garantias de posesion;

5° Exámen de la situacion del reino de las Dos Sicilias, de los Estados romanos, de la Lombardia y la Cerdeña;

6° Union de los Principados, bajo la soberania de la Puerta, y designacion del futuro principe que habrá de regirlos;

7° Cuestion danesa y reforma de la Constitucion federal alemana;

8° Cuestion de la sucesion á la corona de Grecia.

9° Finalmente, los dos emperadores han hablado de la India, de la Persia, de la China y del canal de Suez.

Como se ve, el programa es vasto y no contiene nada que pueda sorprendernos; pero repitiendo lo dicho, advertiremos que debe ponerse en duda el relato del *Diario de Francfort*, porque no ha podido escuchar lo mismo que los demás á la puerta del gabinete de los dos emperadores, y todo bien considerado, su autoridad no basta para hacernos creer en la completa exactitud de sus noticias.

¡FATALIDAD!

I.

Caminando por la orilla izquierda del Tajo, en direccion contraria al curso de su corriente, llega el viajero á un sitio no muy lejano del pueblo de A***, que causa á la par admiracion y espanto por su belleza salvaje.

Estréchase allí el cauce del rio, que rueda sus aguas verdosas y turbulentas entre un archipiélago de peñascos sembrados en su lecho sin orden ni concierto, tales como cayeron desprendidos de las vecinas alturas en una de esas misteriosas conmociones de la naturaleza que, en sitios tan desiertos como aquel, solo suelen tener por testigos á Dios y á la inmensidad del espacio.

Elevadísimas masas de piedra calcárea cortadas á pico dejan tan solo practicable un estrecho sendero, carcomido en muchas partes por la accion del agua y de los temporales, y se siente como á manera de un vértigo cuando al apoyar la insegura planta en tan resbaladizos pasos, se oyen rodar las piedrecillas hasta las espumosas aguas; si se vuelve la vista á la derecha, no se perciben sino débiles plantas parásitas que apenas han logrado echar raíces casi superficiales en alguna grieta de la roca, y se repara con terror en su insuficiencia para sostener un cuerpo humano que, próximo á caer al precipicio, quisiese agarrarse á ellas en un momento de suprema angustia.

Cuando el sendero, por uno de esos accidentes caprichosos del terreno, se ensancha algun tanto, el peligro, lejos de disminuir, parece que se acrecienta.

No es debido el ensanché á que la tierra avance sobre el rio: el agua es elemento harto destructor para dejarse invadir, y por el contrario va siempre carcomiendo las tierras que encuentra al paso, ya sea en su cólera cuando corre tumultuosa arrastrando cuantos objetos están á su alcance, ya sea cuando corre blandamente como lamiendo tan solo las orillas que le encierran en su seno.

Al cobrar el sendero mayor anchura, pasa por debajo de enormes salientes de piedra que parecen hallarse sostenidos por un milagro de equilibrio, y que forman una bóveda imponente sobre la cabeza del caminante.

Piedras hay que parecen estar amenazando con desprenderse de un momento á otro, y aun el hombre, extraviada su imaginacion por el terror, cree ver oscilaciones, y percibir el color azul de la celeste bóveda al través de algunas grietas.

¡Vana ilusion!

Aquellas masas enormes se mantienen años, y aun siglos, en la misma posicion, sujetas por la mano del Supremo Hacedor para dar una prueba mas de su omnipotencia.

En el borde superior de la especie de muralla que va costeano el rio, se ve ya alguna vegetacion. De trecho en trecho hay grupos de carrascas, algun espléndido cortinaje de zarzas que tienden sus colgantes ramas hácia el rio, y tal ó cual roble que con su oscura hojarasca aumenta la hermosa tristeza del paisaje.

La monotonía del sordo ruido del agua murmuradora se ve alterada en ciertas horas del dia por el alegre canto de la alondra y de otras avéculas que cruzan con raudo vuelo el espacio que media entre ambas orillas del rio, lanzando al viento sus gozosos trinos y gorjeos. En los árboles se oye el triste arrullo de la tórtola, que solo sabe cantar sus amores llorando, y forma con ella singular contraste el arrogante canto del pinzon que arranca de su garganta las notas mas sonoras y armoniosas.

Esto es lo único que anima aquel cuadro grandioso y sombrío. Por lo demás, en una distancia de cerca de dos leguas no hay que buscar indicio alguno de pueblo ni caserío. Solo en ciertos puntos en que la cortina de piedra que hay á uno y otro lado del rio se rompe bruscamente para dar paso á alguna cañada ó cordillera de colinas, suele verse allá á lo lejos algun convento ó aislada y solitaria ermita.

Por los años de 182..., en una hermosa tarde del mes de julio, recorría un ginete el sendero que va costeano el rio por los parajes que acabamos de describir.

Poco familiarizado sin duda con aquel terreno, veíase vacilar al llegar á los sitios mas peligrosos, y no fiando bastante en el instinto de su cabalgadura, apresurábase á echar pié á tierra, sujetaba las riendas al arzon de la silla, y hacia que marchase delante de él su hermoso potro. Este parecia comprender entonces la honrosa mision de guia que le confiaba su amo, y pisando con la mayor prudencia y cuidado, sentaba sus herraduras en las escabrosidades del terreno, sin mover ni avanzar una pata hasta que tenia bien asegura-

das las otras tres, con ese tino peculiar de los caballos de pais montañoso.

El viajero tenia sumo esmero para seguir escrupulosamente las huellas de su caballo, y llevaba la vista fija en el suelo.

Sin embargo, llegó un momento en que, oyendo desusado ruido á su izquierda, dirigió una mirada al rio, y vió que á diez ó doce varas mas abajo, perdiendo las aguas su nivel, se precipitaban desde cierta altura con toda la furia de un torrente, formando una vistosa cascada.

El continuo mover de la masa líquida, los cambiantes que producía herida oblicuamente por los rayos del sol, la espuma que se elevaba en nevados copos, le produjeron una especie de vértigo y sintió vacilar sus piernas.

Quiso fijar la vista en el suelo, y la senda, angosta ya de suyo, pareció que se estrechaba mas aun: entonces sintió que su cuerpo se inclinaba hácia el rio, y por una de esas inspiraciones felices que solo se sienten en momentos supremos, con ambas manos se asió convulso y trémulo á la cola de su caballo, imprimiéndole una sacudida brusca. El generoso bruto enderezó las orejas, alzó su hermosa cabeza, y con un arranque poderoso salvó el peligro.

Esta escena fué rápida como el pensamiento, pero dejó profundamente conmovido y turbado al viajero, quien lo primero que hizo al hallarse en salvo, fué dirigir una ferviente oracion de gracias al Todopoderoso. En seguida, retro trayendo su gratitud al instrumento de que la Providencia se valiera para sacarle de tan apurado trance, se abrazó al cuello de su caballo y le estuvo acariciando breve rato, despues de lo cual volvió á saltar gozoso sobre la silla y apretó el paso.

Era el ginete un robusto jóven de unos veinte y seis años, de fisonomía inteligente y simpática, de elevada estatura y distinguidos modales que se hallaban en abierta contradiccion con su traje. Consistia este en un chaqueton y una especie de chupa de paño pardo oscuro, una camisa blanca pero tosca, ajustada al cuello por un boton de plata, calzones negros ceñidos por mas abajo de la rodilla por unas polainas de cuero que iban á caer sobre unos zapatos de becerro claro y de suela gorda, en los cuales iban sujetas dos espuelas de hierro sucias y ennegrecidas. Guarecíale del sol un sombrero de ala ancha y copa esférica; por debajo de él se escapaba una abundante cabellera negra, peinada con esmero. Sus manos blancas y suaves, sujetaban las riendas y una flexible vara de avellano, se apoyaban sobre una capa de paño oscuro de Santa María de Nieva arrollada sobre el arzon, y que encubria mal las cantoneras de plata cincelada de dos pistolas encerradas en las pistoleras de la silla.

El caballo era un alazan tostado, fino y limpio de remos, con el pelo lustroso y mejor cuidado de lo que se acostumbra en el campo, de dos dedos sobre la alzada, de pecho ancho y robusto, y de movimientos vivos y graciosos, tan bueno para caracolear en un paseo como para tragarse sendas leguas en una jornada. Iba enjaezado con un buen freno y cabezada y con una silla fuerte y lujosa, cuya apariéncia se había querido ocultar cubriéndola con una funda de piel de cordero negra, sujeta con una cincha maestra vieja y sucia.

El jóven parecia hallarse dominado por febril impaciencia, y tan luego como el camino lo permitia, hincaba los acicates á su montura, que arrancaba al trote largo hasta encontrar un nuevo tropiezo.

Así caminaron hasta llegar á una abertura situada en la orilla derecha del camino, y en la que rompiéndose bruscamente el lienzo de piedra, dejaba ver una pendiente áspera y tortuosa, que si bien mas ancha que el sendero hasta entonces recorrido, se hallaba encerrada á su vez entre dos colinas secas y áridas que parecian juntarse en el extremo limite á que alcanzaba la vista, sin presentar otra señal de vegetacion que algunas plantas desparramadas de espliego y otras yerbas aromáticas.

El jóven detuvo su caballo, y dirigió en torno suyo una mirada inquieta y vacilante, cual si procurara orientarse; cuando se hubo cerciorado de que era aquel sitio el mismo que él buscaba, se afirmó en los estribos y lanzó su cabalgadura por la cuesta.

Entonces, por detrás de una roca que se alzaba pelada y sombría en la colina de la derecha, apareció una cabeza greñuda y hedionda, que estuvo observando cautelosamente al viajero hasta que hubo desaparecido en una revuelta del camino. Permaneció todavía en observacion algunos instantes, y cuando se convenció de que nadie habia en las inmediaciones, á aquella cabeza siguieron dos brazos delgados y nervudos que se agarraron con fuerza á un ángulo saliente de la roca, en seguida apareció un cuerpo de salvaje aspecto, y descolgándose con agilidad, cayó á plomo sobre una especie de meseta que allí formaba la colina. Tras este hombre saltó un perro de ganado, con el pelo oscuro y hocoso, y aguzados colmillos, el cual fijó en su amo una mirada inteligente, como aguardando una orden para lanzarse en persecucion del viajero.

Repugnante era el aspecto del hombre que acababa de aparecer.

Desnudos los brazos y de color atezado, lo mismo que el semblante, dejaban ver su poderosa musculatura apoyados en un fuerte garrote que habia cogido del suelo despues de saltar. Su rostro, tostado por el aire y el sol, no tenia una sola facion que fuese agradable. Frente deprimida y surcada por dos precoces arrugas, fruto, mas que de años, de violentas pasiones; ojos pequeños, pardos y casi siempre centelleantes á impulso

de la cólera, que hacian aun mas visible dos enmarañadas cejas que á manera de inculto bosque de espinos se erizaban de continuo; pómulos salientes, labios finos y contraídos, barba corrida y larga, así como la oscura cabellera, que pocas veces peinaba y llevaba siempre expuesta al aire.

Cubrian su cuerpo una especie de zurrón de piel de cabra con el pelo hácia afuera, y un calzon de lo mismo toscamente confeccionado; en las piernas llevaba unas calzas de lana negra muy gorda y unas abarcas de cuero sujetas con correas.

Iracunda en extremo era la expresion del pastor, que tal era su oficio, al contemplar sombrío y mudo el sitio por donde desapareciera el solitario ginete. De improviso llevó la mano á la abertura que por delante tenia el zurrón de pieles que vestia, la introdujo y volvió á sacarla con un movimiento brusco, empuñando convulsivamente un ancho cuchillo de monte, afilado y reluciente, cuyo mango de madera estaba toscamente labrado. El pastor examinó precipitadamente la punta y el filo, y hallándolos á su gusto, dió un salto en direccion á la cañada; pero se detuvo al momento.

— No, dijo con voz gutural; ¡ya no es tiempo!... Llegará Clemente antes que yo al salto de la Corza: él lleva un buen caballo y yo voy á pié. Por mucho que quiera correr, ya no le alcanzo... Además, puede que lleve armas, y seria dar un golpe en vago. Dejarle que vea una vez mas á María... A la vuelta... veremos!

Y murmurando palabras vagas é incoherentes con bronco acento, varió de direccion y se internó poco despues en un monte de pinos y carrascas, seguido siempre por su perro.

Al llegar á una esplanada, halló diseminado su hato, compuesto de un par de docenas de cabras, que fieles á sus merodeadores instintos, andaban destrozando los tallos y hojas de los árboles á que podian alcanzar. El pastor tendió una mirada distraída en torno suyo, lanzó un silbido particular, y fue á dejarse caer, mas bien que á sentarse, sobre un ribazo cercano.

El perro, obedeciendo á la señal de su amo, se arrojó sobre la cabra que tenia mas próxima y que estaba graciosamente enderezada sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en el tronco de un árbol y estirando la cabeza todo lo posible para alcanzar algunas hojas: la clavó una feroz dentellada en una oreja, haciéndola lanzar un balido de dolor y huir presurosa al centro de la esplanada. Sus compañeras, que estaban dulcemente consagradas á igual entretenimiento, se dieron por avisadas con aquel escarmiento, y se agruparon humildes y asustadas en torno de la dolorida víctima, consolándose con pastar la escasa yerba que allí nacia. Entonces el perro, con ese gozo feroz de todo el fuerte que oprime al débil, contempló satisfecho su obra un momento, y en seguida fue á echarse á los piés de su amo, con el orgullo de un conquistador que descansa de las fatigas de sus victorias.

Entre tanto Clemente, el ginete cuyo nombre sabemos ya por el pastor, continuaba su marcha con paso veloz. A medida que avanzaba hácia el término de su excursion, parecia que su impaciencia aumentaba mezclándose con un sentimiento de júbilo. Quitábase de vez en cuando el sombrero, apartaba de su hermosa y despejada frente los mechones de pelo que con la agitacion del movimiento caian sobre ella empapados en sudor, y empuñándose sobre los estribos procuraba distinguir algun objeto allá en lontananza; pero siempre las sinuosidades del terreno oponian una valla impene-trable á su vista. Entonces volvía á caer desalentado sobre la silla y clavaba las espuelas á su caballo, y volvía á oírse el precipitado golpear de las herraduras sobre las piedras del camino.

Por fin llegó un momento en que, al trasponer una pendiente, divisaron los ojos del jóven la forma vaga de una casita situada entre unos olivos, y una columna de humo blanquecino que se elevaba en espiral hácia el cielo acabó de revelar la existencia de una habitacion á que se acercaba tan solo por segunda vez.

Alguien le esperaba sin duda, pues muy luego se vió flotar entre los diseminados troncos de los olivos una saya de tela clara, y salió al camino una mujer.

Era una jóven que escasamente contaba veinte y dos primaveras.

Su peregrina y delicada belleza contrastaba tambien singularmente con el traje de aldeana que vestia.

De estatura regular, de esbelta cintura y de mórbidas formas, parecia una señora de elevada alcurnia. Su semblante era un gracioso conjunto de hermosura, bondad y melancolia. Sus ojos azules tenian esa expresion dulcísima de la mujer pura y virtuosa que ha nacido para amar y ser amada, para derramar bien y consuelo en torno suyo, y para ser siempre desdichada en su breve tránsito por este mundo de miserias y de lágrimas. Su frente ancha y despejada tenia marcado por lo general un sello de tristeza; sus redondas mejillas ostentaban una tez blanca, fina y sonrosada; su boca era pequeña y graciosa, con labios frescos y abultados, que al entreabrirse mostraban una dentadura perfecta y muy blanca. Su garganta, de buenas formas aunque sin ser gruesa, se hallaba púdicamente encubierta en su base por un tosco pañuelo que se cruzaba sobre el pecho, y que solo dejaba asomar como al descuido una preciosa cruz de oro y pedrería, pendiente de una cadena del mismo metal, alhajas que un observador hubiera extrañado ver en el cuello de una simple aldeana. Sobre sus espaldas caian dos trenzas rubias como el oro, abultadas y muy largas.

La hermosa jóven, al ver acercarse el impaciente ginete, sonreía con dulzura, y se hallaba en uno de esos

escasos momentos de inefable ventura que le era dado disfrutar.

Clemente avanzaba ya desatentado, lanzando su caballo al galope y con la vista pertinazmente fija en la mujer bella que le aguardaba inmóvil en la orilla del camino, como recreándose en contemplar su apostura y gallardía. Al llegar junto á ella, se tiró mas bien que se apeó del caballo, y cayeron ambos en los brazos uno de otro, estrechándose con frenesí y besándose con delirio.

— María adorada, exclamó por fin Clemente con voz temblorosa de placer y de emoción, creí que nunca mas iba á verte, tal era mi angustia por hallarme separado de tí, y ahora que te tengo entre mis brazos, se acongoja mi corazón al pensar en el instante harto próximo en que he de dejarte.

— Pensemos solo en este momento en que tenemos la dicha de estar juntos, esposo mio, dijo María ciñendo nuevamente con sus brazos el cuello de Clemente. Harto pronto llegan las penas para que hayamos de pensar anticipadamente en ellas.

— Es que ahora, amada mia, no sé qué presentimiento funesto me dice que nuestra separación habrá de ser mas larga. Acérese sin cesar el furor de mi hermano, me persigue con increíble saña, ha rechazado con fiereza las tentativas que he hecho para halagarle y reconciliarme con él, guiado tan solo por el cariño que le tengo, que cada día aumenta á pesar de su mal proceder para conmigo. Temó que no obstante mi disfraz me haga espiar, excitadas sus sospechas por mis breves ausencias, y que llegue á descubrir tu retiro, en cuyo caso somos perdidos.

— Confiemos en la Providencia, Clemente, que obrando bien no podrá menos de ampararnos; y si otra cosa sucede, resignémonos ante los decretos de Dios, que siempre serán para nosotros mayor bien, dijo María con voz dulce y serena, alzando al cielo sus hermosos ojos en que se reflejaba la expresión de una mártir.

— Tienes razón, María, dulce consuelo mio, pensemos ahora tan solo en la dicha de estar juntos. ¿No has sufrido contratiempo alguno durante mi ausencia? ¿Cinco semanas mortales sin vernos!...

— No, solo he sufrido por estar separada de tí, contestó la jóven comprimiendo un suspiro y frunciéndose sus arqueadas cejas. ¿Qué otro motivo de sufrimiento puedo tener en esta soledad?

— Eso es mas que suficiente, y en una mujer como tú predomina sobre todos los demás que pudieran causar el aislamiento, el fastidio, la privación de todo género de comodidades... ¿Sospechan algo en la casa?

— No; esos honrados labriegos creen que somos hermanos, tanto por nuestro dicho, como por las seguridades que les ha dado el venerable y virtuoso sacerdote que nos condujo aquí. Solo un pastor que suele venir con su hato á albergarse en el corral, es quien me parece que no ha creído nuestra inocente mentira.

— ¿Pues qué se figura?
— Que somos amantes. No sé si nos habrá sorprendido en alguno de nuestros paseos durante los ocho días que pasaste aquí cuando vinimos, si veria alguna caricia imprudente; pero es lo cierto que cuando me ve se sonríe de una manera cruel y burlesca.

Y al decir esto, María mostró á pesar suyo una expresión de pesar y desaliento.

— ¿Te ha ofendido en algo? preguntó Clemente con voz temblorosa, y un relámpago de cólera cruzó por sus ojos.

— No, no, se apresuró á decir María, mirando con ansiedad á su marido, pues aunque viene ahora con mas frecuencia que antes al decir de las gentes que me rodean, nunca me dirige la palabra.

Y María se llevaba la mano al pecho como para contener los latidos de su corazón.

No pasó desapercibida para Clemente la alteración de su mujer; pero calló por no afligirla, y se propuso averiguar qué nuevo peligro era aquel que aparecía amenazador en el horrascoso horizonte de su vida.

Nada temia de su María, mujer noble, pura y sin tacha; pero todo lo temia por ella de los demás.

— Mira, hija mia, le dijo con voz serena, dirijámonos á la casa para cuidar á mi valiente Castaño que debe estar cansado, pues ha recorrido la distancia desde la ciudad á buen paso.

María se acercó á acariciar al hermoso animal, que relinchó de placer al sentir sobre su cuello la mano amiga que tantas veces le daba pedazos de pan y de azúcar.

En seguida, como estaba ya próximo el término del día y la noche se anunciaba tempestuosa, los dos jóvenes se encaminaron á la casita que se veia entre los olivos, seguidos del caballo.

Hermoso cuadro ofrecían aquellos dos jóvenes hermosos, á la tenue y suave luz del crepúsculo vespertino, caminando agarrados de la mano y dirigiéndose miradas y sonrisas de amor. En torno suyo todo parecia predisponer á una felicidad tranquila y serena. Esos mil rumores vagos que al anochecer se perciben en el campo, esa aromática fragancia que despiden las plantas mecidas blandamente por el viento de la noche, ese canto postrero de los pájaros al recogerse en las ramas que les han de servir de lecho, embargan el alma y producen un dulce bienestar que nunca se encuentra en los bulliciosos placeres de la ciudad.

¡Feliz el hombre que con su corazón tranquilo y sin remordimiento alguno en la conciencia, puede hallar la ventura en el campo, lejos de las horrascosas escenas de la sociedad, consagrando su alma á la contemplación de las maravillas de la naturaleza!

II.

¡Cuán dulce es el descanso despues de un día de penosas faenas en el campo! ¡Con qué placer deja el honrado campesino sus aperos de labranza para recibir las caricias de sus hijos, contemplar la gozosa sonrisa de su mujer, y saborear su frugal comida sazonada por un saludable apetito! El trabajo del campo, lejos de gastar la imaginación, secar el alma y enervar el cuerpo, presta nuevo vigor, robustece y dilata la vida del hombre.

Cuando Clemente y María, despues de colocar el caballo debajo de un cobertizo y echarle abundante comida, llegaron á la puerta de la casa, se detuvieron en sus umbrales á contemplar el hermoso cuadro que ante su vista se ofrecia.

La principal habitación del piso bajo y único de la casa formaba un extenso paralelógramo que servia á un tiempo de sala, alcoba y cocina á los labradores en cuya compañía estaba viviendo María. En el centro de la pared del fondo, frente á la puerta, se veia el hogar, compuesto de un plano de toscos ladrillos que alzaba unos cinco ó seis dedos sobre el piso de la habitación, el cual era de tierra. Cubria el hogar una ancha campana de chimenea, ennegrecida por el humo, y de su centro interno caia esa gruesa cadena de hierro llena de hollín, que en casi todos los pueblos llaman los *llares*, y que sirve para colgar las calderas ú otras vasijas en que se condimenta la comida.

A un lado de la habitación se veia un arca grande de madera, oscurecida y pulimentada ya por el uso de tres generaciones, que servia á manera de despensa. Junto á ella estaba tendida la cama para los niños, y encima de esta, fija en la pared, una imagen toscamente grabada de Nuestra Señora del Madroñal, Virgen muy venerada en gran parte de la Alcarria.

Al otro extremo, pendiente de una soga de esparto que cruzaba de una á otra pared de la estancia, se ostentaba una gran cortina formada de retazos de percal de diferentes clases y colores, deteriorados por el uso, el humo y el sol. Con esto habian formado una división que era, por decirlo así, la alcoba de los dueños de la casa, pues detrás de la cortina tenian un modesto lecho compuesto de un catre de cuerdas, un jergon de paja, dos sábanas y almohadas de tosco lienzo casero, y una colcha poco mas aventajada que la que servia de cortinaje.

A uno y otro lado del hogar se veian dos puertas bajas y carcomidas. La de la derecha daba entrada al cuarto en que habitaba María, y la de la izquierda á una especie de pajar en donde preparaban una cama para Clemente cuando iba á la casa.

Enfrente del hogar habia á la sazón una mesita pequeña y baja, cubierta con un pedazo de tela vieja pero blanca como la nieve. Sobre ella se veia una cazuela de sopas calientes que despedian suculento aroma, una hogaza de pan moreno y áspero, pero sabroso, y un jarro de vino tinto. Al rededor de la mesa estaban los dos labradores sentados en escaños muy bajos. El era un hombre jóven, grueso, de robustas formas, de semblante franco y abierto; su mujer, que parecia tener menos edad, era aun mas rolliza y alta, pero tenia los movimientos mas sueltos y ágiles, la mirada mas sagaz y penetrante, y su sonrisa revelaba esa malicia que suelen tener las gentes del campo cuando, convencidas de su ignorancia, quieren estar siempre sobre aviso para evitar que les engañen.

A la sazón se mostraban ambos alegres y satisfechos, repartiendo sus solícitos y paternales cuidados entre sus dos hijos y un zagal como de quince años que ayudaba á su amo en las labores de la tierra. Los niños, sucios y desaliñados, eran sin embargo tan hermosos que no podia menos la vista de detenerse complacida en ellos.

El mayor, de edad de seis años, tenia unos ojos azules y brillantes, una cabeza rubia y hermosa, una boca como el coral, y era tan robusto que aparentaba tener mas tiempo.

La menor, que contaba dos años menos que su hermano, era una niña delgada, delicada de formas, de movimientos muy sueltos y graciosos, y de una viveza tal que no podia permanecer quieta un solo instante. Era un tipo diametralmente opuesto al del niño, pues tenia negros los ojos y el pelo, morena la tez y delgados los miembros. Su fisonomía llevaba impreso tal sello de inteligencia y sutileza que daba lástima verla relegada á aquel lugar desierto y solitario, destinada á no recibir educación alguna y dedicarse tan solo á toscas faenas que no habian de dar el menor vuelo á su imaginación.

Los padres se estaban recreando en la inocente charla de sus hijuelos, admiraban gozosos su travesura, y mas de una vez, al llevar á la boca la áspera cuchara de palo, se detenian para prorrumpir en una ruidosa y franca carcajada.

Cuando Clemente y su mujer, despues de contemplar un momento esta escena, entraron por fin en la casa, los labradores se levantaron á saludar respetuosamente al recién llegado, quien les hizo sentar y continuar su comida, entrándose en seguida ambos esposos al cuarto de María. Allí se engolfaron en una de esas conversaciones íntimas y prolongadas, propias de personas queridas que han estado mucho tiempo sin verse.

La historia de Clemente y de María era breve, sencilla y lamentable.

Clemente era un mayorazgo de una familia distinguida de Sigüenza. Quedó huérfano muy jóven, con un solo hermano menor aun que él, llamado Ramon, y á cargo ambos de un tutor honrado, que á mas de cuidar con acrisolada probidad de sus intereses, procuró incul-

car á los dos hermanos los principios de sana moral y religión. Con Clemente logró cumplidamente su propósito: dotado de sentimientos nobles y elevados, costó poco ó ningun trabajo encaminarle por la senda del bien.

No sucedió así con Ramon. Perverso y mal intencionado por naturaleza, comenzó muy luego á aborrecer á su hermano, y aquellos dos seres que en su aislamiento debieron amarse, estar siempre unidos y servirse de mútuo consuelo, se separaron cada vez mas, pues los cariñosos halagos de Clemente eran rechazados siempre con dureza y con sarcasmo. Y lo peor de todo esto era la causa miserable que producía tan mala inteligencia: el vil interés. Tan luego como Ramon acertó á comprender que el mayorazgo pertenecía á su hermano, se apoderó de él un odio feroz y reconcentrado, que ni la humildad cariñosa de Clemente, ni las amonestaciones y sanos consejos del tutor, ni las elocuentes reprensiones de un sabio y virtuoso sacerdote, amigo de la familia, lograron atenuar lo mas mínimo.

Mientras ambos jóvenes contaron pocos años de edad, no ofreció gran peligro el mal. Reducíase este al completo apartamiento de los dos hermanos, que casi vivian como extraños el uno para el otro bajo un mismo techo, y á tal ó cual rencilla que de vez en cuando estallaba, apurada ya la casi inagotable paciencia de Clemente.

Pero llegó un momento decisivo en que acreció el peligro de la fraternal desunión.

Clemente se enamoró de María, virtuosa y bellísima doncella de un pueblo inmediato, de no menos distinguida familia que la suya y que en bienes de fortuna tampoco desmerecía. Considerado ventajoso el partido por el tutor de los huérfanos y los padres de la jóven, se concertó muy luego la boda y se llevó á cabo con singular júbilo de los novios y de cuantos les conocian. Solo una persona vió este enlace con singular furor, y ni quiso asistir á la boda, rompiendo así abiertamente con todas las consideraciones sociales: fué Ramon, el hermano de Clemente. Habíase llegado á figurar, el insensato, que su hermano no se casaría, y abrigaba la horrible esperanza de que muriese antes que él sin sucesión, y llegase así á heredar sus cuaniosos bienes. Casándose Clemente jóven, y con una mujer de pocos años tambien, su cruel ilusión se desvanecía como el humo.

¡Entonces se hizo mas profundo y feroz su odio, y llegaron á germinar en su mente pensamientos de destrucción y de muerte!... ¡Contra su propio hermano!... ¡A cuántos extravíos arrastra la vil pasión de la codicia! ¡A cuántos crímenes conduce la falta de sentimientos afectuosos!

Ramon urdió en torno de su hermano mil asechanzas para destruirle, mil intrigas para perder á su esposa, y aunque la virtud de esta la ponía al abrigo de toda sospecha, aquel hombre era capaz de recurrir á la violencia para hacer que la deshonrasen, á los mas arteros medios para difamarla públicamente y dar cierto viso de verdad á sus calumnias.

De los peligros materiales libró siempre á Clemente su probado valor; de las intrigas no le fué tan fácil desembazarse, y llegó un momento en que vió tan comprometida su existencia y la seguridad de su mujer, que consultó al sacerdote que siempre le habia dirigido con sus consejos, para saber lo que habia de hacer.

— Hijo mio, le dijo aquel hombre virtuoso, debes perdonar á tu hermano un momento de extravío, que persisto en creer pasajero. Oveja descarriada, espero que Dios la ilumine y la vuelva al redil. Pero entre tanto, para huir toda ocasión que pueda redundar en perjuicio tuyo y de tu dulce compañera, debes alejar á esta de la ciudad. Comprendo que el sacrificio de la separación te será doloroso y costoso en demasía, pero debes hacerlo por el bien de tu hermano y el tuyo. Quizás no viendo á tu mujer, y oyendo constantemente de tus labios palabras de cariño y mansedumbre, se aplaque el resentimiento de tu hermano, y la reflexión haga lo demás. Yo voy á marchar de cura párroco al pueblo de P***; allí cerca hay un caserío de un honrado labrador á quien conozco há mucho tiempo, así como á su mujer. Ambos cuidarán con esmero á tu María, y yo tambien estaré á la mira y la veré de vez en cuando. Anda, hijo, ten ánimo y resignación para sobrellevar las penas que Dios nos envía, que tarde ó temprano hallarás la recompensa de tu buen proceder!

Clemente se marchó fortalecido con las consoladoras palabras del sacerdote, y puso por obra el plan concebido.

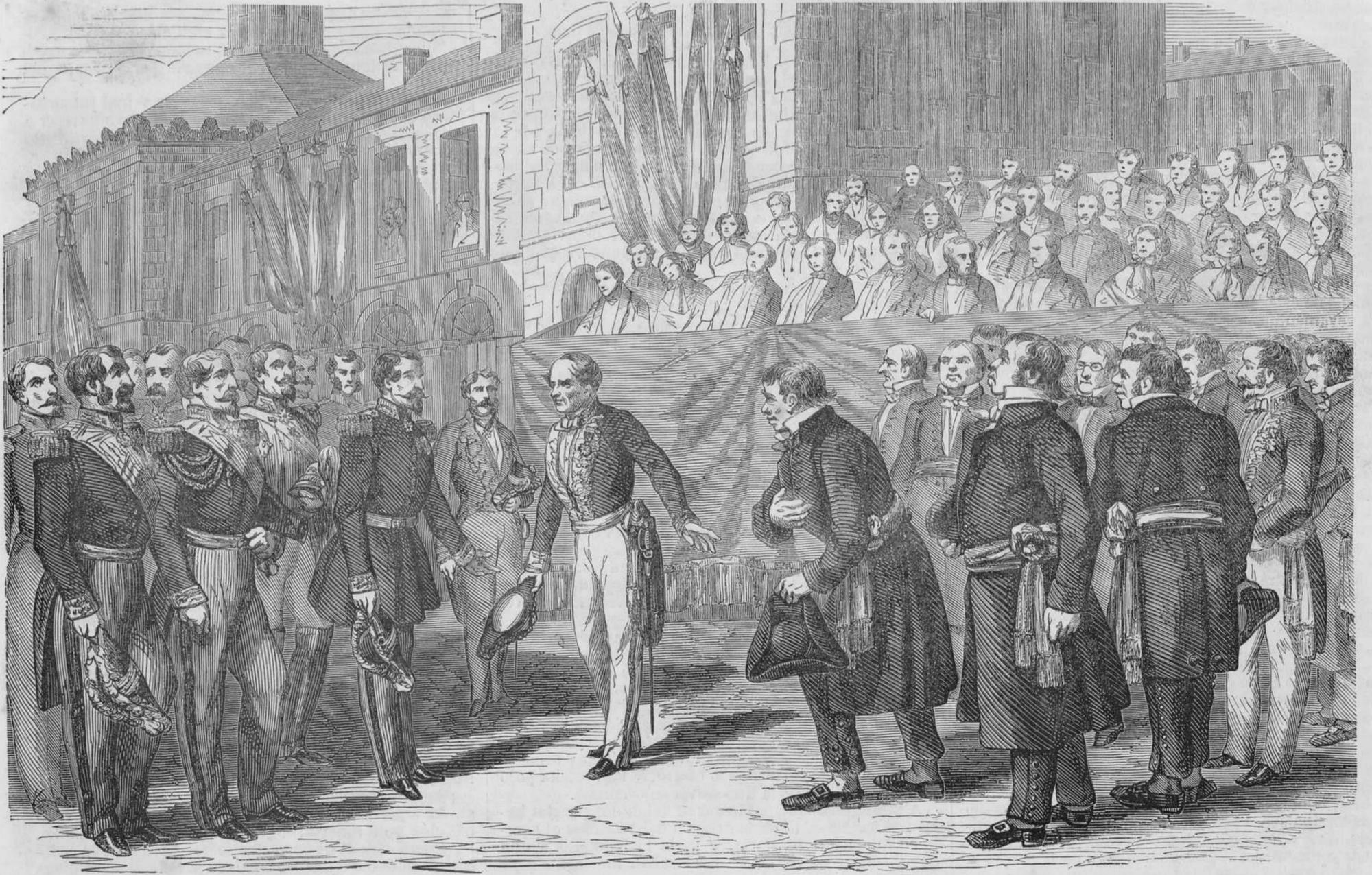
Excusado es decir que María no opuso la menor resistencia á la voluntad de su marido. Lacerado su corazón por el dolor de la separación, comprendió empero que Clemente sufría tanto como ella, y no quiso agravar su dolor con inútiles lamentos. Ambos se miraban entristecidos, se acariciaban llorosos, pero sus labios no proferian una queja.

J. F. SAENZ DE URRACA.

(Se concluirá.)

Viaje del emperador Napoleon á Stuttgart.

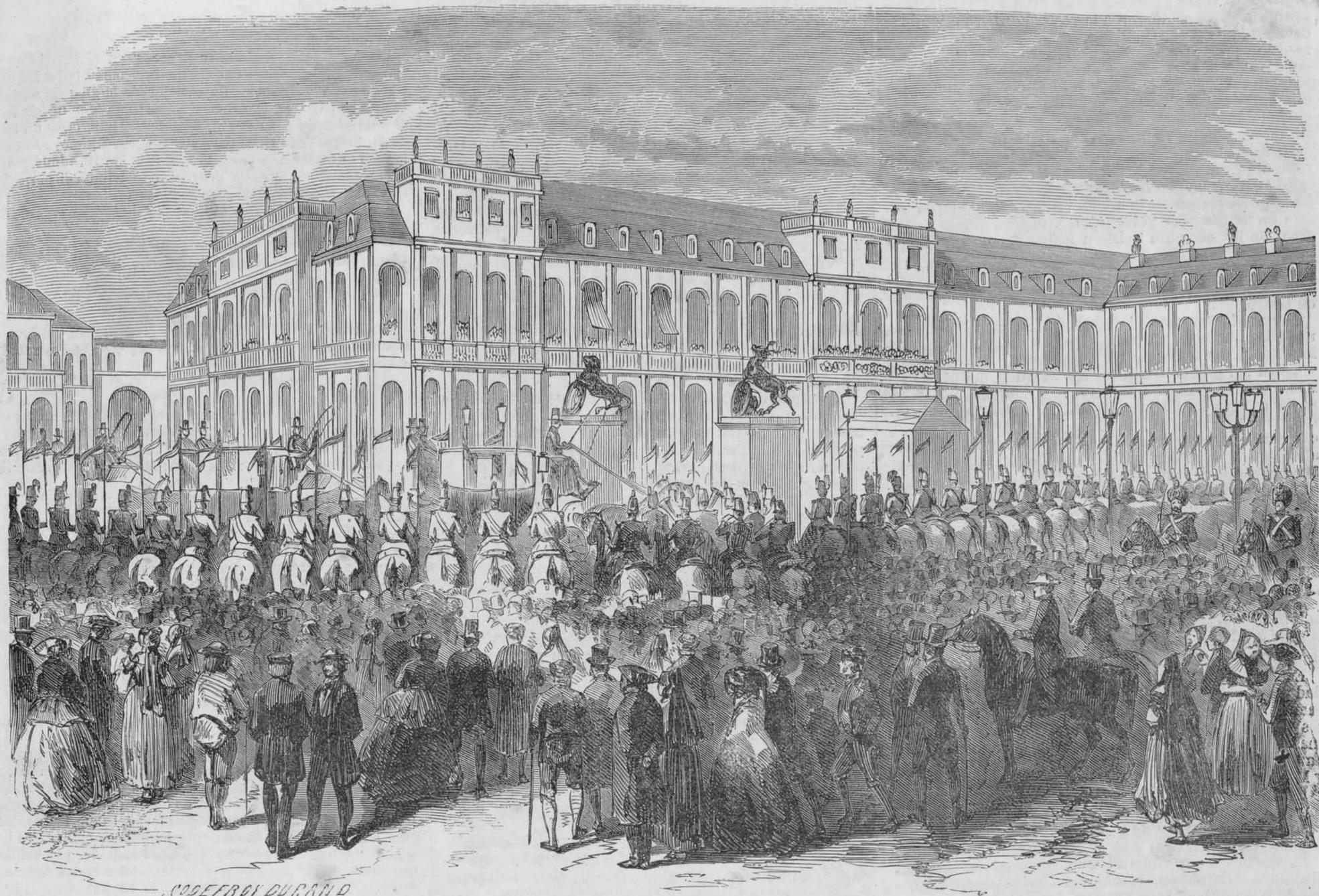
El jueves 24 de setiembre, á las cuatro y veinte minutos de la tarde, resonó el cañon anunciando la llegada del tren imperial. Al instante tocaron las campanas y se oyó una salva de 101 cañonazos. El emperador fué recibido por las autoridades militares y civiles, reunidas en el ferro-carril, entre las que figuraba M. de Serres,



Presentacion de los alcaldes del Bajo-Rhin al emperador Napoleon, por el prefecto de Estrasburgo.



El emperador saliendo de Estrasburgo por el puente de Kehl.



JOSEPH DURAND

Llegada del emperador Napoleon al palacio del rey de Wurtemberg, en Stuttgart.

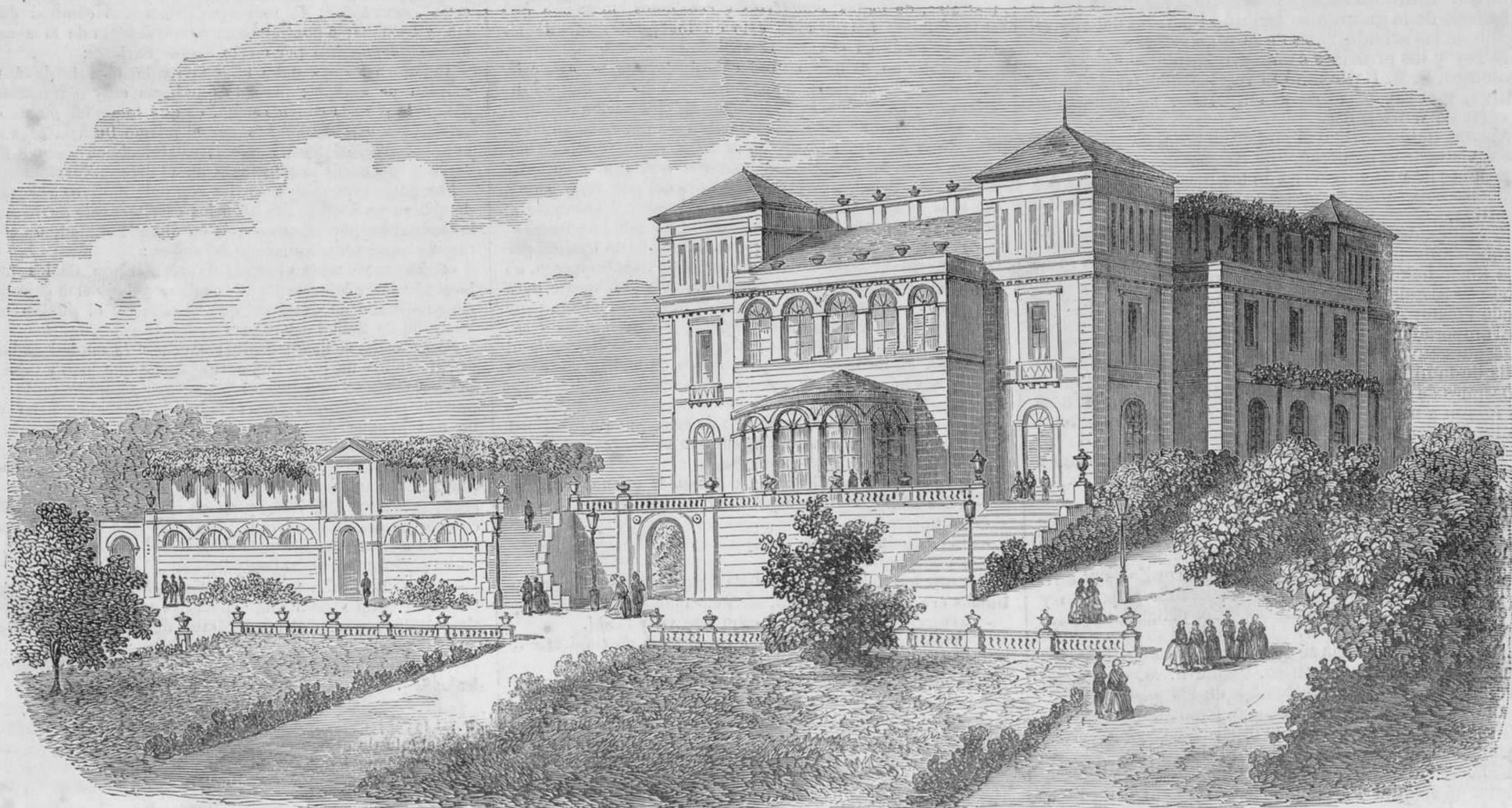
ministro de Francia en Carlsruhe con todo el personal de la embajada. S. M. respondió cortesmente á las palabras de bienvenida que le dirigió el alcalde de Estrasburgo, y luego pasó por delante de los alcaldes de los pueblos del departamento formados en el patio, y dirigió la palabra á algunos de ellos.

El cortejo se puso luego en marcha por las calles de la Gare (véase el dibujo de la primera página), de Vieux Marché y de las Petites Boucheries, y desembocó en la plaza de Kleber.

El emperador llevaba el uniforme ordinario de oficial general, el pantalon encarnado, la levita y la placa de

gran oficial de la Legion de Honor, sin el gran cordón. Despues de haber pasado rápidamente al frente de las tropas, principiando por los bomberos de Estrasburgo, el emperador se colcó delante de los edificios de la Aubette para el desfile.

A las cuatro y media el cortejo imperial volvia á la



Palacio del principe real de Wurtemberg, habitado por S. M. el emperador de Rusia.

prefectura. Todos los funcionarios civiles y militares de gran uniforme acudieron á la recepcion: los miembros del clero, los cuerpos judiciales, administrativos y militares con sus jefes á la cabeza, desfilaron ante el emperador en el salon del primer piso. El emperador dirigió la palabra á varias personas, y dijo al consejo municipal que agradecía mucho la acogida lisonjera que le hacia la ciudad de Estrasburgo, y que pensaba poder pasar dentro de poco algun tiempo en sus muros.

La recepcion fué interrumpida un momento por la llegada del gran duque Federico de Baden. El emperador salió á su encuentro hasta la mitad de la escalera, y le estrechó cordialmente la mano. En seguida hablaron largo rato los dos altos personajes, y el gran duque salió á cerca de las seis para Kehl en los coches en que habia venido.

A las seis cuarenta y un convidados tomaron asiento á la mesa del emperador, y por la noche hubo funcion de teatro.

Segun el programa el emperador debía salir el viernes á las nueve de la mañana, pero las tropas recibieron la orden de estar dispuestas á las ocho.

Cerca del puente del Rhin un batallon del 62º de línea, los cazadores de infantería y los aduaneros hicieron al emperador los honores militares. Una salva de artillería anunció su salida. Los pontoneros formaron la carrera en la parte francesa del puente, y en la parte alemana habia soldados badenses que estaban en línea.

Al extremo del puente el emperador fué recibido por el baron de Weiler, comandante de la plaza de Kehl, por M. de Humolstein, alcalde de Kork, y por los funcionarios civiles y militares de Kehl. Todas las casas del pueblecito alemán estaban engalanadas con banderas francesas y badenses; en el cuartel habia un adorno especial así como en el embarcadero del ferro-carril adonde llegó el emperador á las nueve menos cuarto.

Apenas llegó el emperador dirigió de Kehl un despacho á la emperatriz, y luego tomó asiento en el convoy que se componia de cuatro coches, de ellos tres wagones que forman el tren particular del gran duque.

En Rastadt una gran parte de los habitantes de la ciudad habia salido al encuentro del emperador para aclamarle á su paso. En el embarcadero habia destacamentos de la guarnicion federal; los soldados llevaban ramas verdes en los chacós como en un dia de fiesta. El emperador fué cumplimentado por sus altezas Guillermo y Maximiliano, etc.

En Carlsruhe se repitieron las demostraciones de la muchedumbre; allí el emperador se separó de sus altezas reales el gran duque y el príncipe de Prusia, acompañado hasta Bruchsal por la gran duquesa Estefanía.

El viernes á las cinco el tren imperial entraba en Stuttgart. Adornaban el embarcadero las banderas reunidas de Wurtemberg y de Francia. La infantería de línea y la caballería de la guardia formaban la carrera hasta el patio del palacio.

La poblacion apiñada en la plaza y en las calles contiguas hizo al emperador Napoleon la acogida mas simpática.

A su llegada, cuya representacion publicamos, el emperador fué recibido por el rey y el príncipe real rodeados de los príncipes de la familia, Federico y Augusto de Wurtemberg y el príncipe de Weimar; los grandes oficiales de la corona, los ministros y muchos generales. Los dos soberanos se abrazaron con efusion. SS. MM. subieron al mismo coche, y el cortejo escoltado por la caballería de la guardia se dirigió al palacio del rey en medio de las aclamaciones de la muchedumbre.

El rey y los príncipes condujeron al emperador á sus aposentos. S. M. I. presentó al rey los oficiales de su comitiva, y el rey presentó al emperador los oficiales de la corte de Wurtemberg.

Apenas habia llegado el emperador Napoleon cuando fué á visitarle el emperador de Rusia.

Despues de una entrevista de las mas cordiales los dos augustos soberanos se presentaron las personas de su comitiva.

El emperador de Rusia estaba acompañado de SS. EE. el conde Adlerberg, primer ministro de su casa; el príncipe Gortschakoff, ministro de Negocios extranjeros; el conde de Kisseleff, embajador de S. M. en Paris, y el conde Folstoy, senador.

El emperador de los franceses hizo su visita á la reina, y despues tuvo lugar en los aposentos del rey una comida de familia.

Despues de la comida SS. MM., los príncipes y princesas fueron á pasar la noche al palacio del príncipe real, bonita residencia á dos kilómetros de Stuttgart, en un sitio magnífico. El palacio, los bosquecillos y la avenida del parque real estaban brillantemente iluminados.

El emperador Napoleon y el emperador Alejandro hablaron algunos instantes, y luego entraron en los salones donde los miembros del cuerpo diplomático tuvieron el honor de ser presentados á SS. MM.

La noche se pasó en conversaciones cordiales y animadas. Eran las once cuando el emperador Napoleon y el rey y la reina de Wurtemberg y los príncipes volvieron á Stuttgart.

El emperador de Rusia se quedó en el palacio del príncipe real, su hermano político, donde S. M. estableció su residencia durante la entrevista de los soberanos.

Damos tambien una vista de este palacio.

El sábado por la mañana el emperador fué á devolver su visita al emperador de Rusia, al príncipe y á la princesa real. Todo el dia se pasó en excursiones, visitas á la reina de Holanda, á las princesas de la familia real, etc., etc.

A las seis hubo gran comida dada por el rey en su

magnífica residencia de Wilhelma, soberbio palacio moruno construido por el modelo de la Alhambra y situado en el valle del Necker en medio de jardines deliciosos.

A las ocho una hermosa iluminacion excitó la admiracion y la sorpresa de la poblacion aglomerada en el valle para disfrutar de tan maravilloso espectáculo.

Aquella noche llegaron SS. MM. la emperatriz de Rusia y la reina de Grecia. La emperatriz se fue al palacio del príncipe real, donde el emperador Napoleon pasó á visitarla poco despues.

SS. MM. volvieron al palacio de Stuttgart á las doce de la noche.

El domingo se celebró el aniversario del nacimiento del rey, que con este motivo fué felicitado por el emperador.

Por la noche despues del banquete al que asistieron los dos emperadores, la emperatriz de Rusia, las reinas de Wurtemberg, de Holanda y de Grecia y todos los dignatarios, hubo representacion de gala en el Teatro Real. —Próximamente publicaremos la vista del palco ocupado por los tres soberanos, la emperatriz de Rusia y las dos reinas, cuya presencia fué saludada con aclamaciones entusiastas.

El emperador Napoleon salió el miércoles 29 por la mañana de Stuttgart con direccion á Metz, asistiendo al acto una inmensa concurrencia. El príncipe real, los príncipes de la familia, los dignatarios de la corte y los ministros esperaban á S. M. en la estacion.

Los ayudantes de campo del rey que estaban de servicio al lado del emperador, acompañaron á S. M. hasta Bruchsal.

El emperador llegó á Mannheim á las once.

S. M. fué recibido por el general Robock, primer ayudante de campo de S. A. R. el gran duque de Baden, que habia enviado coches de palacio para conducir al emperador y su comitiva á Ludwigshafen donde recibieron á S. M. el emperador S. A. R. el príncipe Luitpold, hermano del rey de Baviera. En Sarrebruck el emperador encontró á S. A. R. el príncipe de Prusia que esperaba á S. M.

En todo el camino las poblaciones alemanas dispensaron al emperador una entusiasta acogida.

En Forbach, primera estacion francesa de los pueblos del distrito de Sarreguemines, los habitantes de los pueblos vecinos se apiñaban en la estacion y aclamaron repetidas veces á S. M.

A las siete el emperador entró en Metz, en medio de una multitud innumerable que le aclamaba con entusiasmo.

La ciudad de Metz estaba profusamente iluminada. S. A. R. el príncipe Enrique de los Países Bajos, esperaba á S. M. en Metz para saludarle. —De Metz el emperador siguió su camino para el campo de Chalons.

Revista de Paris.

En la semana que acaba de transcurrir han tenido lugar las últimas diversiones del verano, que han sido, como de costumbre, las carreras de caballos de Chantilly y del bosque de Boulogne. Ahora se puede dar por principiada la temporada de los placeres del invierno. Paris se puebla nuevamente; los forasteros le dejan en masa, y sus habitantes legítimos vuelven á él ansiosos de espectáculos teatrales, de bailes, conciertos y reuniones, lo mismo que si les hubiera faltado todo esto en los puntos adonde les lleva la moda en el verano.

Este año ha habido abundancia de forasteros, es decir, de gente de provincia, y por consiguiente los que se divierten en Paris con la ignorancia de los recién venidos, han podido hallar muchas ocasiones de poner á contribucion á los incautos. No aludimos á los explotadores de oficio como los fondistas y los tenderos que aquí y en todas partes son enemigos natos del bolsillo del que viaja, sino á esa raza particular de hombres muy dados á chasquer al prójimo por pura afición á la burla y no por interés propio. El extranjero, por los inconvenientes de la lengua, por las diferencias notables de carácter y de temperamento, no sirve tan bien como el provinciano de objeto inocente para tales bromas; pero el provinciano es para esos señores que se encuentran en todas partes, en los paseos, fondas y cafés, una victima coronada de flores y siempre dispuesta al sacrificio. Su inexperiencia y su deseo de instruirse le entregan atado de piés y manos á los caprichos del parisiense.

Un ejemplo.—Figurémonos uno de estos sugetos de buen humor paseándose con su victima por el boulevard de los Italianos.

—¿Ve Vd. ese caballero que entra en la guantería?
—¿Ese hombre delgado y rubio?
—El mismo.
—Sí; ¿quién es?
—Es Alejandro Dumas.
—¿Qué me dice Vd.? Yo tenia entendido que Alejandro Dumas era mas que moreno, de pelo lanudo...
—Errores de la provincia; es el que ve Vd. ahí.
—¡Dios mio! Y tantos deseos como tenia de conocerle... Quiero verle de cerca.

Y al punto el provinciano se lanza en la tienda y compra dos ó tres pares de guantes para estar mas tiempo cara á cara con el supuesto novelista.

Apenas ha vuelto de esta expedicion, cuando el fementido cicerone le señala á la puerta de un café un hombre ya de cierta edad con barba canosa y fumando un tabuco.

—¿Quién es? pregunta el curioso lugareño.
—Jorge Sand.
—¡Jorge Sand!... Pues si dicen que es una mujer.

— Ya lo creo, no mienten.

— ¿Y esas patillas?

— Son postizas.

El provinciano continúa su paseo, y en el espacio de algunas horas el otro le enseña de este modo todas las ilustraciones de la Francia. Un cazador de la guardia nacional es Horacio Vernet, el primero que asoma por un coche es el vencedor de Sebastopol, ó es Lamartine, ó es un ténor de la ópera. Todo sirve para el caso. Por último, al caer la tarde el provinciano se encuentra rendido de admiracion y de cansancio; esta es la hora en que triunfa el parisiense que tiene ya que contar para algunas noches.

A veces rico y pródigo abre su bolsillo para asegurar el buen éxito de una broma pesada.

— Vamos á comer juntos hoy, dice á su victima; conozco una casa que es la mejor de Paris, donde se come perfectamente.

— ¿Cómo se llama?

— El Café Inglés.

— He oido hablar de ese establecimiento, le conozco de reputacion, pero nunca he estado; me han asegurado que era carísimo.

— No le han engañado á Vd.

— Entonces...

— Sí, pero á eso voy, es muy caro para el vulgo. Los que no están iniciados se van derechitos al salon principal y pagan los precios marcados en la lista, que son á la verdad exorbitantes, pero en los gabinetes se come á precio fijo.

— ¿Y qué dan?

— Cinco platos, una botella de burdeos y media de champaña por cabeza, y todo por dos francos.

— No comprendo.

— Se lo diré á Vd. en secreto; el dueño del Café Inglés quiere hacer quebrar á todas las fondas de baja esfera que pululan en Paris, y principalmente á las que se hallan cerca de su establecimiento, donde se da de comer por poco dinero. Esto no lo saben todos. Por esa razon aquí las gentes bien informadas viven magníficamente casi de balde, pero hay que estar al corriente de estas cosas.

Los dos personajes se sientan á la mesa. El parisiense elige los manjares mas delicados, y luego cuando llega el momento crítico dice á su compañero:

— Deme Vd. sus dos francos que voy á pagar al mostrador.

Rebosando de júbilo con el descubrimiento, el provinciano declara que en lo sucesivo no comerá en otra parte.

Al siguiente dia se encuentra con tres ó cuatro individuos de su mismo pueblo, y deseando obsequiarlos á poca costa, les lleva á un gabinete particular del Café Inglés. Allí bien instalados, pide cinco platos exquisitos con cuatro botellas de burdeos superior y dos de champaña, y concluida la comida, va al mostrador y arroja sobre él dos monedas de cinco francos cada una pidiendo la vuelta.

— No comprendo, responde la reina del mostrador. Su cuenta de Vd. se eleva á 127 francos.

— Es una equivocacion.

— Nada de eso, aquí está la nota.

— Pero nosotros hemos comido á precio fijo.

— Caballero, aquí no se come á precio fijo.

— ¿Ni en los gabinetes?

— En ninguna parte.

— Sin embargo, ayer...

Al cabo de largas explicaciones y de crueles debates el provinciano no tiene mas remedio que pagar los 127 fr.

Podríamos prolongar indefinidamente la enumeracion de estas inocentadas; sin embargo, preferimos cambiar de tema, y trasladar á continuacion esta anécdota de la semana última que no deja por cierto de ser curiosa:

Alejandro Dumas daba un convite la otra tarde á una porcion de amigos; pero lo que hacia muy apreciable el banquete para la concurrencia, es que todos los platos que se sacaron estaban hechos por el mismo Dumas, cosa que no sorprenderá á nuestros lectores si decimos que el gran escritor tiene sus pretensiones en el arte culinario.

Nos parece del caso recordar con este motivo, que cuando estuvo en España dirigió á los escritores de Sevilla que le felicitaban por su presencia en aquella ciudad, un corto discurso que venia á decir lo siguiente:

«Señores, yo mido el grado de civilizacion de los pueblos por los adelantos de su cocina, y bajo este concepto me complazco en declarar que Sevilla es el pueblo mas ilustrado de toda la España.»

No sabemos si lisonjeó sobremanera á la ciudad andaluza esta salida un poco incongruente del que hizo y dijo en España tanto y tanto por el estilo, con sentimiento de sus muchos admiradores; pero sí la hemos querido señalar como una prueba de lo que ocupó la atencion de Dumas el arte de la cocina.

El banquete á que nos referimos marchaba hácia su fin, con aplauso unánime de los convidados que habian saboreado manjares deliciosos y en su mayor parte «inéditos», cuando un criado anunció:

— La Pescadera.

— ¿Quién es? preguntaron los convidados.

— Una amiga mia, respondió Alejandro Dumas.

Y entre tanto vieron llegar hácia la mesa á una mujer de alta estatura y con el traje comun de las mujeres de los mercados.

— ¿Qué quereis, amiga mia? preguntó el fecundo autor dramático.

— Necesito, mi querido amigo, que deis algunos pasos en mi favor; quiero que el prefecto de policia me conceda una patente de pescadera.

— Está bien; irá mañana sin falta.

La mujer dió las gracias á Dumas, saludó á todos los presentes y salió.

— ¿Y cómo has hecho semejante amistad? preguntó uno de los convidados.

— De un modo muy sencillo, contestó Alejandro Dumas. Ya sabeis que muchos dias tomo una cesta muy de mañana y me voy á la plazuela, porque me gusta comprar el pescado muy fresco. Las vendedoras que me conocen, me saludan todas cuando paso junto á ellas.

«— Buenos dias, Alejandro Dumas. ¿Qué tal vamos?»
De tiempo en tiempo algunas me reciben muy mal.
«— ¡Eh, moreno! ¿con que ya no escribes nada? ¿Cuándo harás otro «Monte-Christo»? Jamás; no te llevarás mis anguilas.»

Una mujerona como una torre y que no tiene pelos en la lengua, me dijo la otra mañana:

«— ¿Y el fin de tus «Memorias» no le veremos? Te vas volviendo perezoso; no te llevarás mis truchas.»

Otra exclamaba:

«— ¿Con que nos dejas sin una línea que leer? Tu hijo no es así trabaja que es un gusto; por eso le han premiado con la cruz de honor; no te llevarás mis langostinos.»

— En medio de este concierto general, amigos míos, prosiguió Alejandro Dumas, la buena mujer que ha venido ahora me recibió con mas dulzura que todas las demás, y me dijo:

«— A mí me diviertes mucho con todo lo que escribes; ven aquí, alhaja, toma el mejor salmónete que hay hoy en la plazuela.» — De aquí mi amistad con la pescadera, que en dias como este es bien preciosa para mí.

Los amigos aplaudieron tales relaciones.

¡ Cambiemos de teatro.

La escena pasa en los Pirineos. Un novelista bastante conocido, pero que como algunos escritores de nuestros dias ha dejado la pluma por los negocios, cosa mas provechosa seguramente, regresaba á Paris despues de haber tratado con el gobierno portugués una cuestion de crédito moviliario.

Naturalmente llevaba una cartera bien provista, y viajaba en compañía de un modesto comerciante que podria llevar como una suma de tres mil pesos en papel.

— Con tal de que no nos roben en la montaña, dijo este al escritor; yo traigo tres mil pesos, y si me los quitaran me quedaria arruinado.

Y cauteloso ocultó su dinero en el fondo de sus botas.

No tardó mucho en ocurrir el lance. Una partida de cinco hombres atacó á nuestros dos viajeros.

Advertiremos que el caso tenia lugar por el lado de Francia.

— Señor mio, dijo el jefe de la cuadrilla al escritor palpándole la ropa; tenga Vd. la bondad de enseñarnos esta cartera que está haciendo un bulto sospechoso.

— ¡Oh! mi buen amigo, contestó el novelista con una sangre fria imperturbable, no es una cartera.

— ¿Pues qué es?

— Un manuscrito.

— ¡Ah! manuscrito tenemos, ¿y de quién?

— De su servidor de Vd.

— ¿Que se llama?

El autor declaró su nombre.

— ¿Con que es Vd. el grande, el ilustre, X!... ¡Qué júbilo! Todos nosotros somos aficionados á literatura, señor folletinista, y quiero pedir á Vd. un favor en nombre mio y de mis compañeros.

— Diga Vd.

— Que nos lea Vd. un fragmento de ese manuscrito que como todas sus obras debe ser cosa entretenida.

— ¡Oh ilustrado señor! delante de tal auditorio no me atrevo.

— Nada, nada, es preciso.

— Pero no está acabado.

— No le hace, tendremos indulgencia.

— Es una locura, un imposible.

— La lectura ó...

— Vamos allá, interrumpió el autor prudentemente; pero advierto á Vd. que es una comedia y que faltan tres actos, de modo que no es posible que se puedan Vds. hacer cargo de su argumento.

Nuevas instancias del bandido.

— Una proposicion, exclamó el novelista que antes de rendirse quiso poner en juego todos los recursos; yo estimo en muchísimo mi reputacion de escritor correcto, y le prometo á Vd. entregarle inmediatamente tres mil pesos si Vd. me evita el dolor de desflorar una obra incompleta.

— ¡Cómo! ¿Trae Vd. tanto dinero consigo?

— Yo no, pero este compañero tiene esa cantidad escondida dentro de sus botas.

Los bandidos no tardaron un segundo en dejar descalzo al infortunado comerciante, y una vez que sacaron los valores, dieron la libertad á los dos viajeros.

— Es una infamia lo que ha hecho Vd., exclamó el robado al llegar á la primera posada.

— No haga Vd. caso de lo sucedido; aquí tiene Vd. sus tres mil pesos, exclamó el novelista entregando esa cantidad al comerciante. — Pero ya habia salvado su cartera.

Hé aquí ahora, y será la conclusion de este artículo, otra anecdota referente á un artista de gran reputacion, M. Meissonnier, que el «Correo de Paris» da como auténtica:

Meissonnier acaba de regresar de su viaje á Alemania. Dos dias antes de su salida de Bruselas, fué convidado á comer por unos amigos que le llevaron á la fonda mas afamada.

Concluidos los postres se encendieron los cigarros. Meissonnier tenia en la mano el palillo del fósforo medio consumido que le habia servido para encender el suyo, y hablando comenzó á contornear una figura en el mantel. El que estaba á su lado, que era el baron de Knyff, hombre de bastantes conocimientos en pintura y que ha presentado varios paisajes en esta Exposicion, enciende algunos fósforos en la vela, y cuando estaban debidamente carbonizados los palillos, los coloca sin decir nada al lado de Meisson-

nier suministrándole así sin que este lo note los lápices que necesitaba para su dibujo.

Al concluir su segundo cigarro, Meissonnier habia trazado una de esas figuritas llenas de vida y de animacion que cubren de oro los príncipes y los mercaderes de cuadros.

Terminada la obra, el baron de Knyff toma el mantel, le dobla cuidadosamente, y le lleva á la dueña de la casa diciéndola:

— Tenga Vd. la bondad de guardar este mantel bajo llave, mañana vendré á buscarle, yo le compro.

— Pero al menos, dijo la dama, le lavaré.

— Cuidado con eso, contestó el baron; quiero conservarle con las manchas.

Al otro dia el baron Knyff fue á recoger su precioso mantel que ha puesto en un doble marco de una manera muy original. El dibujo se halla encerrado en el mas chico, y lo restante del mantel se encuentra plegado en el trecho que separa los dos marcos de un modo pintoresco.

Ese dibujo tiene tanta gracia y ha gustado tanto á los que le han visto, que un aficionado ha ofrecido ya 1,000 pesos por él; pero su dueño no ha querido deshacerse de una improvisacion artística tan brillante.

MARIANO URRABIETA.

La ordenanza militar.

I.

— Oiga usted, señor recluta.

— Mi sargento, mande usted.

— En cuanto oye la retreta,

Pensando que no le ven,

Se va usted del campamento

Y vuelve al amanecer.

Diga usted, señor recluta,

¿A dónde se marcha usted?

— Perdone usted, mi sargento,

Que no lo volveré á hacer...

— Señor recluta, cuidado

Con escaparse otra vez,

Porque como yo lo sepa,

No lo pasará muy bien.

— Está muy bien, mi sargento;

Pero ha de saber usted

Que allá abajo, en aquel pueblo

Que en la llanura se ve,

Hay una chica morena

Con una sal y un aquel...

— Silencio, señor recluta,

Que se insubordina usted.

¿Qué tienen que ver las chicas?...

— ¡Pues no han de tener que ver!

El dia que caí quinto

Adorné mi calañés

Con una escarapelita

Llorando á mas no poder...

— Pues es preciso olvidarla,

Señor recluta.

— ¿Porqué?

— Porque solo su bandera

El soldado ha de querer,

Porque el soldado ha de estar

Donde su bandera esté.

«Lo manda así la ordenanza

Y es preciso obedecer.»

II.

— Oiga usted, señor recluta.

— Mi sargento, mande usted.

— ¿Tiembra usted porque las balas

Han comenzado á llover?

— Cá, no señor, mi sargento;

Es que allá abajo, en aquel

Pueblo que está en la llanura,

Padres y hermanos dejé

Y... no quisiera morirme

Sin volverlos mas á ver.

— Señor recluta, el soldado

No tiene. sépalo usted,

Mas hermano que los de armas,

Ni mas padres que su rey.

Matando, encuentra la gloria,

Muriendo, la halla tambien.

Si siempre la gloria encuentra,

¿Qué mas puede apetecer?

— Mi sargento, estoy conforme,

Ya me ha convencido usted.

Padres y hermanos y novia,

Callad, tontos, no lloreis,

Que la vida militar

Es buena á mas no poder...

Pero ¡ay! que tocan ataque...

Llueven balas á granel...

— Señor recluta, á las filas.

— Pero si no puede ser,

Mi sargento. ¡ Si caen hombres

Como chinches!

— Ande usted,

«Que lo manda la ordenanza

Y es preciso obedecer.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Las aguas de Rodez.

RESTAURACION DE UN ACUEDUCTO ROMANO.

La ciudad de Rodez, antigua capital de los Rutenos, hoy cabeza de partido del departamento del Aveyron en Francia, se encuentra sobre un cerro de forma cónica á 120 metros sobre el cauce del Aveyron que corre á sus piés. Desde tiempo inmemorial la poblacion no habia tenido mas agua que la de algunos pozos muy profundos, y hace algunos años la administracion municipal se ocupaba de buscar los medios de procurar á la ciudad de Rodez un abastecimiento de agua potable. Muchos proyectos se propusieron y se estudiaron sucesivamente. En 1851 el municipio apeló á las luces del entendido ingeniero M. Cordier de Beziers, quien reconoció la posibilidad de elevar hasta el punto culminante de la ciudad 600,000 litros de agua sacada del Aveyron, mediante una máquina hidráulica secundada en las aguas bajas por una máquina de vapor, y calculó su coste en unos 300,000 francos comprendiendo los gastos de construccion del receptáculo de Rodez.

Todas las cláusulas del tratado se discutieron, y ya se iban á estampar en él las firmas cuando M. Lunet, notario y secretario de la Sociedad de letras, ciencias y artes del Aveyron, propuso un nuevo proyecto.

Acababa de descubrir en un espacio de 18 á 20 kilómetros la existencia de un antiguo acueducto romano que partia del Vors, donde hay muchos manantiales, y se prolongaba hasta 5 kilómetros de Rodez.

Despues de haber examinado de pueblo el trayecto de este acueducto conocido en el pais con el nombre de *Cuevas de los ingleses*, creyó haber encontrado los dos principales elementos de la solucion del problema que se buscaba con tanto afan por el municipio de Rodez. Aunque acudió muy tarde, su idea fué tomada en consideracion; el consejo municipal mandó practicar trabajos de excavaciones, y ordenó investigaciones concienzudas á fin de reconocer si el acueducto romano de que no se hacia ninguna mención en los anales de la provincia existia realmente.

La direccion de estas primeras obras fué confiada á M. Romain, que pudo hacer constar la existencia del monumento antiguo por medio de 260 zanjas, en un espacio de 24 kilómetros.

Este acueducto atraviesa en subterráneo dos gargantas. Tiene 1 metro 48 centímetros de altura, y su ancho es de 0,68 centímetros en la parte que no está revestida de argamasa. La capa de argamasa tiene 0,10 centímetros de grueso, y su altura en las paredes es de 0,69 centímetros. Los muros laterales y la bóveda tienen 0,50 centímetros de grueso.

Las excavaciones hicieron descubrir que en el punto en que concluia el acueducto subterráneo principiaba una série de arcos de una abertura de 2 metros, que debian formar un gigantesco puente acueducto; estos arcos habian estado sostenidos en pilares cuadrados; se han hallado los cimientos de 140 de ellos. La série de los arcos pudo tener unos dos kilómetros.

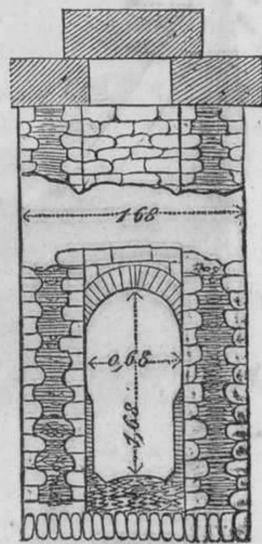
En 1854 el acueducto fué limpiado en toda la parte que queria utilizar el pueblo; para ello otorgó el gobierno 15,000 francos. El emparillado estaba bien conservado en todos los puntos, las paredes laterales existian aunque deterioradas en muchos sitios, y la bóveda no estaba intacta sino en unos 25,000 metros.

En su nacimiento y hasta el nivel de la tierra, el acueducto se hallaba en buen estado, así como el receptáculo construido por los romanos. Este receptáculo se restauró despues, y en él se reunen los principales manantiales como en otro tiempo.

Muchos hombres especiales se ocuparon entonces de formar los planos y los cálculos para el nuevo proyecto; pero el consejo de municipalidad para cortar rivalidades, llamó á Rodez á un ingeniero hidráulico, M. Mary, inspector general de puentes y calzadas, y antiguo ingeniero de las aguas de Paris.

M. Mary aceptó la mision; marchó á Rodez, y despues de haberlo estudiado todo, se pronunció por el proyecto de las aguas de Vors. El municipio confió la alta direccion de las obras á M. Mary, y encargó á M. Romain que vigilara la ejecucion sobre los lugares.

Acaban de llegar á Rodez las aguas de Vors, y su inauguracion tuvo lugar el 3 de agosto en la plaza mayor, en medio de la emocion universal. Se habia dispuesto un receptáculo para recoger las aguas que aquel dia saltaron, ante una inmensa muchedumbre, á mas de 6 metros de elevacion. La plaza estaba adornada con treinta y siete palos en los que habia banderas tricolores, hallándose reunidos por cordones entrelazados de los que colgaban tres mil linternas de colores. Cerca del receptáculo se elevaba en semi-círculo un estrado espacioso donde habian ido á tomar asiento para asistir á la bendicion de las aguas dada por el obispo, todas las autoridades de Rodez, así como un crecido número de señoras vestidas con elegancia. — Este cuadro representa nuestro dibujo.



Corte del acueducto romano de Rodez.

El proyecto que acaba de ejecutarse se compone de dos partes distintas. En la una el agua corre libremente por unos tubos de forma semi-elíptica hechos de argamasa de Vassy. Estos tubos descansan en el emparillado del antiguo acueducto romano. En una extensión de un kilómetro se ha utilizado el acueducto sin tubos, á beneficio de algunas restauraciones en las paredes interiores.

El conducto libre tiene unos 40 kilómetros. El acueducto romano contorneaba los valles siguiendo una pendiente media de un milímetro por metro.

En la otra parte el agua se dirige directamente á Rodez y atraviesa los valles por medio de sifones compuestos de tubos de hierro batido de la casa Chameroy. Estos sifones son siete, y hay uno, el del Brianne, que tiene 4,500 metros de largo y una altura de 60 metros. El del Aveyron que es el mayor de todos los que se han construido, tiene cerca de 130 metros de flecha y un desarrollo de 5 kilómetros. De todos los sifones que funcionan hoy, el que mas se aproxima á ese se encuentra en Castelnaudary y no presenta mas que una flecha de 88 metros. En cuanto á las obras de esa naturaleza ejecutadas en otro tiempo por los romanos, no conocemos mas que el acueducto que conducía las aguas del Gier á Lyon, donde existía un sifón cuyo flecha tenía una altura igual á la del sifón del Aveyron.

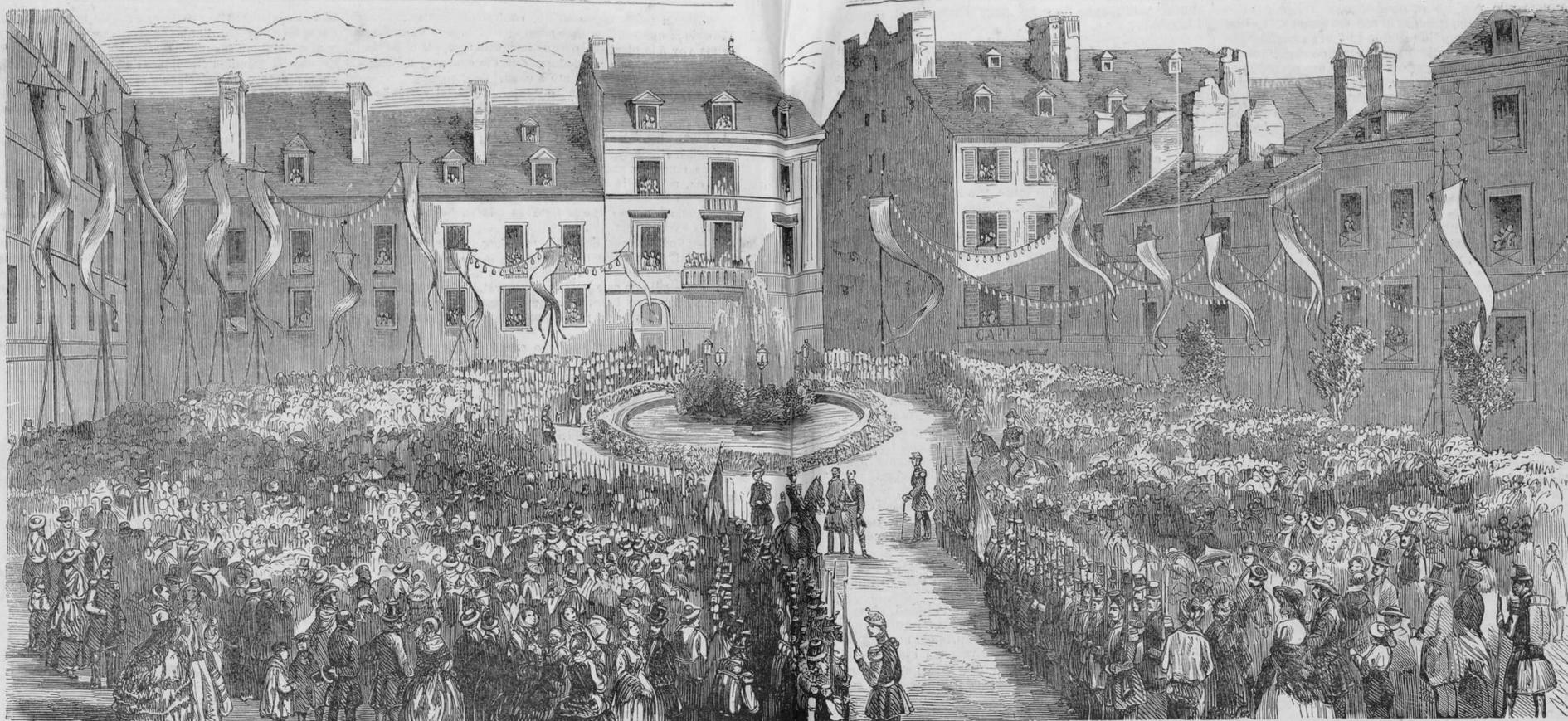
Los tubos Chameroy empleados para el conducto forzado de las aguas de Rodez eran de 2 milímetros de grueso, de hierro batido; estos tubos fueron experimentados á una presión de 25 atmósferas, y no la resistieron; por consiguiente se aumentó 4 milímetros su grueso. En las dos extremidades del sifón de Rodez hay dos grandes receptáculos, uno de ellos destinado á contener 2,000 metros cúbicos de agua y el otro 800.

El conducto trae cada 24 horas mas de 2,000 metros cúbicos de agua pura, cantidad que basta para cubrir las necesidades de una población de 20,000 almas. Mediante algunas obras se podrían aumentar 400 metros si fuese menester.

En los diferentes barrios de la ciudad se establecerán 65 fuentes de vecindario; y tres fuentes monumentales adornarán las principales plazas.

Segun los cálculos, la ejecución del proyecto debía costar 450,000 francos, cantidad que bastará á pesar de los muchas trabajos imprevistos que han ocurrido.

M. Gally, bienhechor de la ciudad de Rodez, legó al morir una suma de 200,000 francos para la ejecución de este magnífico proyecto que se ha llevado á cabo. La villa ha contratado un empréstito para hacer frente á lo restante.



Las aguas de Rodez. — Restauración de un acueducto romano.

Inauguración

DEL CANAL DE CAEN AL MAR.

El día 23 de agosto último se inauguró solemnemente el canal de Caen, establecimiento de suma importancia é interés para el comercio marítimo. La ceremonia de la bendición del canal fué hecha por monseñor de Bayeux y Lisieux acompañado de todo el clero de la ciudad y de las autoridades. El cortejo estaba colocado en el puente movedido, por donde pasó; luego los barcos entraron en el puerto, el Orne con las autoridades, y el *Eclair* con las señoras. Cada uno de estos buques llevaba dos cañones pequeños. En el momento de la bendición se elevó un globo.

Hé aquí la apreciación del *Diario del Havre* sobre el nuevo establecimiento objeto de la fiesta.

«La posesión de esta arteria marítima debe mas tarde ó mas temprano abrir nuevos horizontes industriales y comerciales al puerto, máxime con las reformas que ha sufrido desde principios del siglo actual.

Gracias á la construcción del canal, todo ha cambiado de aspecto en Caen donde los buques de 200 toneladas experimentaban para penetrar las mayores dificultades. En vez de 18 kilómetros sembrados de escollos y accesibles únicamente á los buques pequeños, ya no hay mas que 13 kilómetros de distancia de Caen al mar.

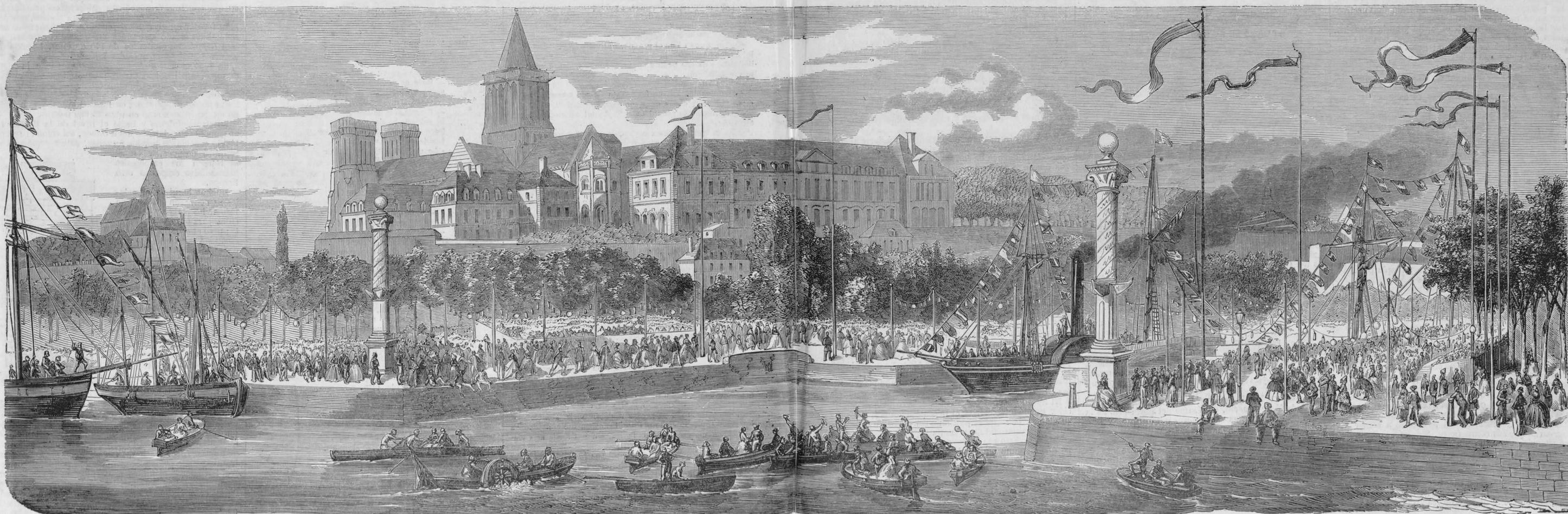
Los buques que no podían subir á Caen sino cuando las mareas de equinoccio y que muy á menudo experimentaban averías en los bancos del río de Orne, pueden ahora subir en todo tiempo por el canal que ofrece cuatro metros de agua.

Además se ha establecido en Ouistreham un puerto de refugio donde podrán ponerse al abrigo del mal tiempo los buques de 500 á 600 toneladas.

El canal se abrió por tolerancia el 20 de junio último, y muy luego se pudieron conocer sus buenos resultados. En cuarenta días entraron 162 buques con un total de 13,000 toneladas. Proporcionalmente esto nos daría por año de 130 á 135,000 toneladas. Además el flete para Caen que estaba muy elevado, ha disminuido bastante.

Ahora debemos esperar á que los cargadores de Noruega, de Holanda y de Inglaterra conozcan la situación actual del puerto de Caen, y que los malos efectos producidos por los hechos anteriores estén destruidos en las plazas marítimas de la Francia.

Entonces la ciudad de Caen y el departamento no sentirán los sacrificios que se han impuesto por su parte contributiva en los nueve millones que han costado los trabajos de ese hermoso establecimiento.»



Inauguración del canal de Caen al mar, el 23 de agosto de 1857.

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

El conde no habia llegado aun al punto en que un amante soporta con impaciencia la sociedad extraña; su afecto á su esposa era todavia desinteresado porque era frio y sereno. Ante todo buscaba lo que podia distraerla y hacerla agradable la vida. Quizás tambien aquel hombre tímido, como todos los hombres verdaderamente fuertes, evitaba explicarse á sí mismo el sentimiento nuevo que le atraia hácia ella. Temia verse entre dos deberes contrarios; no podia disimularse que se habia comprometido para toda su vida con la Chermidy; la creia digna de su amor, y la estimaba á pesar de su falta, como se estima á la mujer inocente ó culpable que nos ama. Si con pruebas al canto le hubieran dicho que la Chermidy no era digna de él, habria experimentado, no el júbilo de verse libre, sino un sentimiento de angustia. Nadie rompe fácilmente con tres años de felicidad; nadie dice restregándose las manos: — ¡Alabado sea Dios! La madre de mi hijo es una aventurera.

El conde experimentaba pues un malestar moral, una sorda inquietud que contrariaba su pasion naciente. Temia leer en su corazon y descubrir su estado.

Entre tanto los jóvenes esposos se buscaban, se hallaban, estaban contentos juntos, y daban expresivas gracias en su interior á los que les impedian estar solos. El círculo de amigos que los rodeaba, abrigaba su amor como los grandes olmos que cercan los vergeles de la Normandía protegen el florecimiento de los manzanos.

La sala de recepcion estaba en medio del jardin, y en ella llovian naranjas pequeñas. Eulalia sentada en su sillón fumaba cigarrillos iodados; el conde la contemplaba; la condesa viuda jugaba con el niño, y los amigos se columpiaban en las hamacas.

De tiempo en tiempo Mantoux ú otro criado de la casa traia café, sorbetes ó dulces, siguiendo el uso de la hospitalidad oriental. La concurrencia extrañaba un poco que nadie fumara allí mas que la enferma, pues en Oriente se fuma en todas partes. Eulalia, sea que mirase con mas indulgencia el único defecto de su marido, sea que tuviera compasion de aquellos pobres griegos que sin tabaco no pueden vivir, lo cierto es que llegó á decretar un día que estaba permitido el uso del cigarrillo en toda la extension de su imperio.

El conde la recordó sonriendo su antigua repugnancia; ella se sonrojó un poco y respondió con presteza: — He leído en *Monte-Christo* que el tabaco turco era un perfume, y sé que no se fuma otro aquí á la vista de las riberas de la Turquía. No se trata de vuestros cigarrillos que me incomodan siempre.

Muy luego aparecieron en el jardin y en la casa los grandes *chibukes* de tierra encarnada con boquilla de ambar, y los *narghiles* de cristal que cantan hirviendo, y cuyo tubo largo y flexible se pasea por la verde yerba como una serpiente.

A fines de julio los antiguos cigarros se escaparon tímidamente de no sé qué receptáculo invisible y no incomodaron á la enferma. En esto se conoció su mejoría.

Por este tiempo fué cuando el elegido de la Chermidy, Mantoux (a) *Poca suerte*, tomó el partido de envenenar á Eulalia.

Siempre hay algo bueno en el hombre mas vicioso, y debo confesar que Mantoux fué durante dos meses el mejor de todos los criados.

Cuando el duque que ignoraba su historia, le hizo partir bajo el nombre de Mateo, él atravesó la frontera con júbilo y gratitud. Quizá pensaba buenamente ser un hombre honrado. La dulzura de Eulalia, las simpatías que al instante se granjeaba con todo el mundo, los crecidos salarios que pagaba á los que la servian, y las pocas esperanzas que habia de sanarla, inspiraron buenos sentimientos al nuevo criado. Mejor sabia descerrajar una puerta que preparar un vaso de agua con azúcar, pero trató de no parecer novicio y lo consiguió. Pertenecía á una raza inteligente, muy propia para todo, muy diestra para todos los oficios y aun para todas las artes. Se aplicó tanto, hizo tales progresos y aprendió el servicio con tal rapidez, que sus amos se dieron por satisfechos.

La Chermidy le habia recomendado que ocultase su religion y que la renegara en caso necesario, pues conocia la intolerancia de la antigua nobleza por los israelitas. Desgraciadamente aquel hombre honrado de nuevo cuño no podia ocultar su fisonomia. La condesa viuda pensó que cuando menos era un hebreo convertido.

Mantoux que mas de una vez habia transigido con su conciencia, no tuvo escrúpulos en renegar la religion de sus padres, y consintió en oír misa con los demás criados; pero por una de esas contradicciones que abundan en el hombre, nunca se decidió á comer la misma carne que sus compañeros. Sin hacer alarde de su resistencia, dijo que preferia las legumbres y las frutas, consolándose de este régimen cuando le mandaban con un recado á la ciudad. Entonces corria al barrio de los judíos, fraternizaba con su pueblo, hablaba en lenguaje semi-hebraico que sirve de lazo á la gran nacion dispersa, y comia de la carne *Kancher*, esto es, matada por el sacrificador segun los preceptos de la ley. Este consuelo le habia debido faltar cuando estaba en presidio.

Conversando con los compañeros de religion supo muchas cosas; supo que Corfu era un buen país, una verdadera tierra prometida donde se vivia con muy poco dinero, donde cualquiera podia ser rico con 4,200 fr. de renta. Supo que la justicia inglesa era severísima, pero que con una buena barca y dos remos se evitaban los rigores de la ley. Bastaba acercarse á la Turquía; el continente estaba á pocas millas, se veia, casi se tocaba con la mano; por fin supo que se podia comprar arsénico por su justo valor.

A fines de julio oyó afirmar á muchas personas que la jóven condesa estaba en buena via; por sus ojos se cercioró de esta verdad y esperaba su restablecimiento inmediato. Al llevarla un vaso de agua con azúcar todas las noches, notaba con el doctor Le Bris, que la tos se calmaba y disminuia la calentura.

Un día llegó de Paris una cajita mejor cerrada que la que él habia traído, y vió que sacaban de ella un bonito aparato de cobre y de cristal, que el doctor montó inmediatamente, y cuya vista le hizo exclamar con ternura:

— Aquí tenemos quizá la salvacion de la enferma.

Estas palabras fueron muy penosas para Mantoux que acababa de echar sus planes sobre una pequeña propiedad plantada de árboles, con casa y jardines, un nido delicioso para una familia de gente honrada. Se le ocurrió hacer pedazos aquella maquinilla de destruccion de su fortuna venidera; pero pensó al mismo tiempo que le despedirian y que á la vez perderia salario y pension, de manera que se resignó á ser un buen criado.

Por desgracia sus compañeros murmuraban altamente sobre el régimen vegetal á que se habia sometido. La condesa viuda se alarmó, decidió que era un judío incorregible, y le preguntó si le convenia buscar otro acomodo en Corfú ó si le era mas conveniente marcharse á Francia. El puso el grito en el cielo; apeló á la intervencion caritativa de la enferma, pero la buena señora no quiso transigir en este asunto, y todo lo que alcanzó fué quedarse en la casa hasta que llegase el que debia de sucederle.

Podia contar con un mes de término y hé aquí como aprovechó el plazo. Compró algunos gramos de ácido arsénico y los ocultó en su habitacion; tomó como la racion de dos hombres, y la hizo disolver en un vaso de agua. Llevó el vaso á la cocina, le colocó en una tabla muy alta donde no se llegaba con la mano, y sin perder tiempo echó algunas gotas de ese líquido envenenado en el agua azucarada de la enferma. Se propuso repetir la operacion todos los dias á fin de matar lentamente á su ama, y merecer, á despecho del aparato, lo que la Chermidy le habia prometido.

IX.

CARTAS DE LA CHINA Y DE PARIS.

A MATEO MANTOUX, EN CASA DEL CONDE DE VILLANERA, VILLA DANDOLO, EN CORFU.

Sin fecha.

Me conoces y yo te conozco tanto como si te hubiera inventado. Eres un antiguo pensionado del gobierno en la escuela naval de Tolon, donde te vi por primera vez. Despues te he visto en Corbeil donde no llevabas una existencia brillante y donde cuidaba de tí la policia. Has tenido la suerte de caer con una parisiense estúpida que te ha procurado buen acomodo, con la esperanza de una pension. La dama y su doncella te toman por un inocente; dicen que has merecido la confianza de tus amos. Si la enferma á quien sirves hubiera sacado pasaporte para el otro mundo, serias rico y podrias vivir holgadamente donde mas te conviniera. Por desgracia no se resolvió á ello, y no has tenido el talento de ponerla en buen camino. Tanto peor para tí, conservarás tu nombre de Poca Suerte. El comisario de policia de Corfu te anda buscando y ya está advertido; si no andas alerta te descubrirá. Bien te decia yo; ¿quieres ir á Cayena? Trabaja pues, holgazán, la fortuna está en tus manos, tan cierto como yo me llamo... Pero no necesitas saber mi nombre. No soy ni Rabichon, ni Lebrasseur, ni Chassepie; soy tu amigo que vive en la esperanza de que sabrás comprender tus intereses.

X. Y. Z.

LA CHERMIDY AL DOCTOR LE BRIS.

La Llave de los corazones, mi querido amigo, hé aquí una magnífica noticia. Otra os la haria esperar durante dos páginas: yo voy pronto al grano y os digo: ¡Estoy viuda!

¡Sí, amigo mio, viuda de veras; he recibido la noticia oficial, la fé de muerto, el pésame del ministerio de la Marina, el sable y las charreteras del difunto, y una pension de 750 francos para que pueda andar en coche en mi vejez.

¡Viuda, viuda, viuda!... no hay una palabra mas bonita en la lengua francesa. Me he vestido de luto; me paseo á pié por las calles, y me dan ganas de detener á los pasantes para decirles que estoy viuda.

En esta ocasion he reconocido que no soy una mujer como todas. Mas de una en mi lugar habria llorado por flaqueza humana y por dar á sus nervios una corta satisfaccion, pero yo me he reido como una loca en compañía de Francisca. Ya no hay mas Chermidy en el

mundo; tenemos derecho para llamarle el difunto Chermidy.

Ya sabeis, Tumba de los secretos, que nunca le habia yo amado. Llevaba su nombre, y soporté sus majaderias; tres ó cuatro bofetones que me dió eran los únicos lazos que el amor formara entre nosotros. El único hombre que he amado, mi esposo verdadero, mi esposo delante de Dios, no se ha llamado nunca Chermidy.

Mi fortuna no proviene del marinero difunto; no le debo nada y llorarle seria una hipocresia, ¿no estabais en mi casa la última vez que nos vimos? ¿Os acordais del gesto conyugal que vino á embellecer sus facciones? Si no hubiérais estado presente, me habria jugado una mala pasada; los maridos marítimos son capaces de todo.

Los naipes me han pronosticado varias veces que moriria de muerte violenta, y es porque los naipes conocian á M. Chermidy, que me habria retorcido el pescuezo tarde ó temprano y habria bailado sobre mi sepultura.

Pero ahora soy yo quien rie y baila y quien dice locuras; estoy en el caso de legítima defensa.

La historia de su muerte es divertida, como cosa de la China. Todos mis amigos vinieron ayer á darme el pésame con sus correspondientes fisonomias de dolor; pero yo les conté el suceso, y en un soplo la risa se hizo general, una risa que duró hasta mas de media noche.

Figuraos, mi querido doctor, que la *Nayade* se habia instalado delante de Ky-Tcheu. No he podido encontrar el sitio en el mapa y lo deploro amargamente. Los geógrafos del dia son unos seres bien incompletos. Ky-Tcheu debe encontrarse al Sur de la Península de Corea en los mares del Japon. He hallado Kin-Tcheu, pero es en la provincia de Ching-King, en el golfo Seu-Tung, en el mar Amarillo. ¿Colocaos en el lugar de una pobre viuda que no sabe bajo qué latitud la han privado de su marido!

Sea como quiera, los magistrados de Ky-Tcheu, ó Kin-Tcheu, en la embocadura del rio Si-Kiang, habian maltratado á dos misioneros franceses.

El mandarin gobernador, ó padre de la ciudad, el poderoso Gu-My, consagraba todos sus ocios á hacer daño á los extranjeros. Hay tres factorias europeas en ese lugar delicioso. Un francés que compra seda ejercia las funciones de agente consular; tenia una bandera al frente de su puerta, y los misioneros se albergaban en su casa.

Gu-My mandó prender á los dos sacerdotes y los acusó de haber predicado una religion extranjera, cosa de que no podian defenderse pues habian ido allí para eso. Bajo este concepto fueron condenados á muerte, y corrió la noticia de que se habia ejecutado la sentencia.

Entonces el almirante envió la *Nayade* para ver lo que pasaba. El comandante mandó á Gu-My que pasara á bordo... ¿Os representais á mi esposo conferenciando con el chino?

Gu-My pretextó que los misioneros disfrutaban de la mejor salud, pero que habian infringido las leyes del país, y que debian permanecer seis meses en la cárcel.

Mi marido dijo que queria verlos, y le contestaron que los veria á través de una reja. Con este fin se trasladó á las puertas de la prision con una compañía de desembarco, y vió dos misioneros con sus hábitos correspondientes que gesticulaban en una ventana. El cónsul francés los reconoció y todo el mundo se quedó satisfecho.

Pero á la otra mañana se presentaron á decir al cónsul que los misioneros habian sido degollados ocho dias antes de la llegada de la *Nayade*, y mas de veinte testigos dieron fe del hecho.

M. Chermidy volvió á endosar su uniforme, desembarcó su gente, volvió á la cárcel y derribó las puertas á pesar de los ademanes de los misioneros que se esforzaban por hacerle comprender que debia volverse al buque. En el calabozo encontró dos figuras de cera modeladas con una perfeccion china: eran los misioneros que le habian enseñado el dia antes.

Mi marido se puso furioso, como que no sufre que nadie le engañe; es un defecto que siempre le he conocido. Volvió á bordo y juró que habia de bombardear la ciudad si no se castigaba á los asesinos. El mandarin, temblando como las hojas en el árbol, hizo su sumision y condenó á los jueces á morir serrados entre dos tablas. A esto nada tuvo que decir mi marido.

Pero la legislacion del país permite á todo reo la presentacion de un sustituto. Hay agencias especiales donde mediante cinco ó seis mil francos y muchas promesas, deciden á un pobre diablo á entregar la pelleja. Los chinos de la clase baja que viven con los animales, no tienen una aficion enorme á la vida, ya se ve; ¡para lo que hacen en ella! Así es que se resuelven con facilidad á reducirla á tres dias buenos cuando los ofrecen la cantidad susodicha.

Mi marido aceptó los sustitutos, presencié el suplicio y quedé en paz con el ingenioso Gu-My, llevand) su clemencia hasta el punto de convidarle á comer al otro dia juntamente con los magistrados que evitaron el suplicio. Esto era obrar como un buen diplomático, porque en suma ¿qué es la diplomacia? El arte de perdonar las injurias así que están vengadas.

Gu-My y sus cómplices fueron á comer de toda ceremonia á bordo de la *Nayade*.

Los postres se vieron interrumpidos por un incendio soberbio; el buque ardia como un fósforo; pero se acuñó á tiempo con las bombas, se dijo que tenia la culpa un pinche de cocina, y se pidieron mil perdones al venerable Gu-My.

Esta relacion os parecerá un poco larga, pero tened paciencia, aun nos queda un poco de vida.

El mandarin quiso corresponder al obsequio, y le convidó para el dia siguiente á uno de esos banquetes donde triunfa la prodigalidad china.

¡Qué pobres somos nosotros en comparacion de los tales personajes! En Paris causó una sorpresa colosal aquel gentleman que gastó en una comida para él solo la cantidad de 500 francos; algo mas esplendidos son los chinos. Anunciaron al comandante que sacarian á la mesa guisados con salsa de perlas finas, nidós de golondrinas y lenguas de faisán dorado, y la célebre tortilla de huevos de pavo real que se hace sobre la mesa matando cada hembra para arrancarla su huevo.

M. Chermidy, sencillo como una criatura, no adivinó que él pagaria los gastos del banquete. Se lavó los labios, segun dicen los partes oficiales, y se prometia escuchar atentamente las comedias que se ejecutan en los festines chinos.

Bajó á tierra con el cónsul y cuatro hombres de escolta; el tiempo estaba malo, llovía á mares. Ya podeis figuraros que no olvidó su uniforme de gala. Una diputacion de magistrados le recibió á su desembarco con todos los cumplimientos de rigor. Supongo que no le disgustaron los discursos; si los chinos adoran las lisonjas, los marinos no las detestan.

Le montaron en un caballo del país, y se me figura verle trotar con las piernas encogidas. El animal se metía en el fango hasta el vientre, pues las ciudades de la China tienen un empedrado tan favorable para los animales como para los buques. Doce jóvenes vestidos de seda color de rosa marchaban á su derecha y á su izquierda con una pluma de pavo real en la mano, cantando con voz gangosa las alabanzas del grande, del poderoso, del invencible Chermidy, y azuzando al caballo con sus plumas. Con la prolongacion de estas coquillas, el animal comenzó á dar saltos, y al primero el gineete, torpe como un marino, cayó de hocicos en tierra.

Los doce jóvenes corrieron á él, y le preguntaron todos á un tiempo si se habia hecho daño, si queria alguna cosa, agua para refrescar ó para lavarse, y mientras hablaban de este modo sacaron puñales del bolsillo y le degollaron sin ruido, sin escándalo, hasta separar completamente la cabeza del tronco.

El cónsul ha contado esta historia; y pienso que no habria podido hacerlo sin el auxilio de los cuatro marineros que le salvaron la vida y le llevaron otra vez á bordo.

Aquí me detengo; la pieza deja de ser interesante una vez enterrado el héroe. Sabreis la continuacion por los periódicos y por la carta adjunta que se han tomado de la molestia de dirigirme los oficiales de la *Nayade*. Deploro que haya muerto el mandarin Gu-My; si viviese todavia le habia de conceder una pension vitalicia de nidós de golondrina. Desde que mi felicidad depende de una doble viudez, me he prometido repartir un millon entre las almas caritativas que me liberten de mis enemigos. 500,000 francos le tocaban á ese mandarin que ya no existe.

Tumba de los secretos, quemareis mi carta, ¿no es verdad? Quemad igualmente los periódicos que hablen de este asunto; no quiero que el conde sepa que estoy libre mientras él se halle encadenado; evitemos á nuestros amigos tan grandes dolores, y sobre todo no le digais que el luto me embellece.

Cuidad mucho á vuestra enferma; suceda lo que quiera siempre tendreis el mérito de haberla hecho vivir mas allá de toda esperanza. ¡Cómo os habriais reido si os hubieran dicho que dejabais Paris por siete ó ocho meses! Cuando hayais concluido vuestra mision volvereis aquí, y os procuraremos nuevos parroquianos, pues estoy segura de que excepto yo, vuestros enfermos no os reconocieran.

El señor duque de la Torre de Embleuse, que me dispensa el honor de sentarse á mi mesa algunas veces, me ha pedido que os busque otro criado. Tomé informes muy deprisa acerca del primero que os envié, y me han dicho estos dias que es un hombre temible. Despedidle pronto ó conservadle bajo vuestra responsabilidad hasta que llegue su sucesor.

Adios, llave de los corazones. Mi corazon está abierto para vos hace ya mucho tiempo, y si no sois el mejor de todos mis amigos, la culpa es vuestra. Conservadme mi marido y mi hijo, y podeis contar con la gratitud eterna de

HONORINA.

LOS OFICIALES DE «LA NAYADE» Á LA SEÑORA DE CHERMIDY.

Hong-Kong 2 de abril de 1853.

Muy señora nuestra: los oficiales y alumnos embarcados á bordo de la *Nayade* cumplen con un deber penoso al aumentar con su pésame el dolor que os causará la pérdida del comandante Chermidy.

Una odiosa traicion acaba de arrebatár á la Francia uno de sus oficiales mas honorables y experimentados, á vos un marido cuya bondad podian apreciar cuantos le trataron, y á nosotros un jefe ó mas bien un compañero que tenia á honra aliarnos del peso del servicio, reservándose la parte mas pesada.

Al enviaros las insignias de su grado que tan laboriosamente conquistó, sentimos infinito no poder añadir esa estrella de los valientes que merecia hace tanto tiempo así por la duracion como por la importancia de

sus servicios, y que sin duda la esperaba en el puesto al fin de una campaña que concluiremos sin él.

Débil consuelo debe ser para vos el placer de la venganza: sin embargo, os diremos que hemos podido hacer á nuestro comandante gloriosos funerales. Cuando el señor cónsul y los cuatro marineros que fueron testigos del crimen nos trajeron á bordo la noticia de lo sucedido, el mas antiguo de los tenientes que sucedió al excelente oficial que lloramos, mandó evacuar las personas y las mercancías de las factorías europeas, y rompimos contra la ciudad un fuego sostenido que en menos de dos dias la dejó reducida á cenizas.

Gu My y sus cómplices se creian seguros en la fortaleza; pero la compañía de desembarco, bajo las órdenes de uno de nosotros, los sitió durante una semana con dos piezas de artillería que llevaron á tierra. Todos nuestros hombres estuvieron admirables; como que vengaban á su comandante, la *Nayade* no se movió sino despues de haber castigado implacablemente al mandarin gobernador y á todos los que se habian reunido en torno de su persona.

En el momento en que os escribimos ya no existe la ciudad llamada Ky-Teheu; no hay mas que un monton de escombros que se pueden llamar la tumba del comandante Chermidy.

Recibid, etc.

(Siguen las firmas.)

(Se continuará.)

Las Bodas

DEL GRAN DUQUE MIGUEL NICOLAIEVITCH CON LA GRAN DUQUESA OLGA FEODOROVNA (1).

San Petersburgo 17—29 de agosto de 1857.

Durante dos dias todo San Petersburgo ha estado reunido en la perspectiva Nevsky y en las cercanías del palacio de Invierno; las casas estaban llenas de colgaduras y adornos, por todas partes se encontraba mucha gente y tropas que marchaban hácia los puntos que las estaban señalados. El jueves 15—27 de agosto era el dia fijado para la entrada solemne de la gran duquesa Olga Feodorovna; á cada lado del inmenso trayecto que el cortejo debia recorrer, habia una hilera de soldados de toda gala. — Hé aquí el itinerario: Al salir del embarcadero del ferro-carril recién inaugurado de Peterhoff, el cortejo debia dirigirse por la calle que sigue al canal, luego por la perspectiva *Zagorodni*, la calle *Vladimirskaya*, la perspectiva *Nevsky*, la pequeña *Millioni*, por donde debia penetrar en la plaza del palacio pasando bajo el arco de los ministerios; total, un trayecto de cuatro kilómetros.

Al hablar el año último del cortejo que acompañaba al emperador cuando su entrada en Moscou, le describí minuciosamente; el que he visto anteaer se componia de los mismos elementos en el mismo orden, excepto los diputados de las tribus asiáticas sometidas á la Rusia que esta vez no figuraban en la ceremonia; igual riqueza, iguales esplendores. Pero si por no repetirme paso en silencio la enumeracion de los gentiles hombres, chambellanes, etc., quiero en cambio decir cuatro palabras sobre la hermosura de los carruajes.

Aquel en que se hallaban la emperatriz madre y la novia, era un cochecito de dos asientos que llevaba encima la corona imperial; entre el pescante y el cuerpo del coche habia un banco de terciopelo donde estaban sentados dos pajes con la cara vuelta hácia el interior. El tiro se componia de ocho caballos soberbios que llevaban á pié otros tantos palafreneros con libreas brillantes. Un postillon guiaba montado en el primer caballo de la izquierda. Los arcos merecian una descripcion, pero me contentaré con decir que valian un millon de francos.

A la derecha del carruaje marchaba el caballero mayor á caballo, y un poco mas adelante iba el emperador saludando graciosamente con la mano á la muchedumbre que le aclamaba. En torno y detrás del coche se distinguian los grandes duques Constantino, Nicolás y Miguel; el cesarevitch gran duque heredero y su hermano el gran duque Alejandro; los príncipes Guillermo y Carlos de Baden, hermanos de la novia, el príncipe Pedro de Oldenburgo y los príncipes Nicolás y Alejandro de Oldenburgo. Un escuadron (iba á decir un regimiento) de generales y oficiales superiores, edecanes ó ayudantes del emperador con los ministros de la Marina y de la Guerra terminaba esta parte del cortejo, escuadron cargado de oro y de diamantes, sobre el cual flotaban como una nube los elegantes penachos que coronan los cascos.

El coche en donde iban las grandes duquesas Alejandra Josephovna y Alejandra Petrovna, hermanas políticas del emperador, así como los grandes duques Vladimiro Alejandrovitch y Nicolás Constantinovitch seguia inmediatamente al grupo que rodeaba al emperador. Era una berlina de cuatro asientos, con un tiro de seis caballos, mas sobrecargada de adornos, si es posible, que el otro carruaje, y que presentaba en verdad una masa de oro mas imponente. — Desearia describir con

(1) M. Blanchard que despues de haber asistido en Moscou á las fiestas de la coronacion ha hecho un viaje por el Cáucaso, conocido ya de nuestros lectores por las vistas y artículos publicados en este periódico, ha sido encargado por el emperador Alejandro II de la ejecucion de varios dibujos importantes. Los que damos hoy, así como los de la coronacion del emperador y los del viaje al Cáucaso, han sido hechos para la emperatriz de Rusia.

minuciosidad los veintidos coches dorados que seguian, con las camaristas y toda la servidumbre imperial; desearia hablar sobre todo de las tres carrozas descubiertas, donde iban el gran maestro de ceremonias, el mariscal de la corte, y el gran mariscal ordenador de tantas maravillas; desearia describir todo esto y otras muchas cosas, pero no me atrevo porque quizá me tacharian de exageracion.

Hácia la mitad de la perspectiva de Alejandro Nevsky se encuentra la catedral de San Petersburgo, la iglesia de Kazan, edificada por el mismo estilo que San Pedro de Roma, y como esta vasta basílica adornada con una galeria circular de columnas. — Llegado á ese punto el cortejo hizo alto un instante; el emperador y toda la familia imperial se apearon, entraron en la iglesia donde fueron recibidos por el metropolitano y los miembros del clero que les presentaron la cruz y el agua bendita; despues de una corta oracion en accion de gracias, el cortejo prosiguió su camino, y algunos instantes despues el palacio de Invierno recibia en sus muros á la novia rodeada de su nueva familia.

Por la noche toda la ciudad de San Petersburgo se hallaba iluminada, y era un bello espectáculo el de tantas luces que se reflejaban en las aguas cristalinadas del Neva.

La ceremonia de las bodas debia tener lugar al otro dia. A las diez una salva de cinco cañonazos anunció el principio de la fiesta; á esta señal una flotilla de buques de guerra fondeada delante del palacio izó sus colores y se cubrió de banderas vistosas; los coches acudian á las puertas de los palacios con los muchos convidados á la ceremonia.

Al hablar de los desposorios he descrito el cortejo que acompaña al soberano de la Rusia cuando un dia de gala pasa á la iglesia por las habitaciones; esta vez fué lo mismo. La iglesia es igual á la que se quemó en 1838 cuando el terrible incendio que devoró el palacio de Invierno edificado por Catalina II: es el estilo Luis XIV en toda su delicadeza y con todos sus caprichos. — En el centro bajo la cúpula, un estrado cubierto de terciopelo rojo bordado de oro, donde se veia un atril con los santos Evangelios y dos candeleros de plata, estaba destinado á los futuros esposos. El clero se habia revestido con sus mas bellos ornatos de brocado de oro y dibujos bizantinos, los sochantres estaban en sus puestos, resonaba el estrépito del cañon, y algunos minutos despues el metropolitano, los miembros del santo sínodo y el alto clero con la cruz recibian á la puerta de la iglesia á la familia imperial, que hizo su entrada en el orden siguiente:

El emperador dando el brazo á la emperatriz madre, revestida con el traje ruso de paño de oro bordado de armiño, cubierto de perlas y diamantes, iba precedido de los grandes dignatarios de la corte y del conde de Schouvaloff, gran mariscal, y seguido del conde Adlerberg, del príncipe Orloff, del general mayor y del edecan de servicio.

Venia despues el gran duque Miguel Nicolaievitch acompañando sin darla el brazo á la gran duquesa Olga, revestida con un manto de terciopelo punzó forrado de armiño, cuya cola llevaban cuatro chambelanes, y el gran maestro de la corte del gran duque. El tocado de la joven princesa se componia de una diadema de brillantes que ceñia la frente en la raiz del pelo, y en lo alto de la cabeza llevaba una corona imperial de brillantes donde iba prendido un largo velo que flotaba sobre sus hombros. Una corona de flores de azahar rodeaba la base de la diadema; su vestido era de brocado de plata y el corpiño estaba adornado de pedrerías monstruosas. Los grandes duques hijos del emperador con el uniforme de los regimientos á que pertenecen, seguian á los novios y precedian á los demás miembros de la familia que marchaban en el mismo orden que en los desposorios de Peterhoff.

El emperador llevó á los augustos novios al estrado preparado para la ceremonia religiosa, y volvió á ocupar su puesto á la derecha de la iglesia cerca de S. M. la emperatriz madre.

Cuatro eclesiásticos con mitra asistian al metropolitano de San Petersburgo. La comunión que segun el rito greco-ruso ortodoxo se da á los nuevos esposos, fué administrada por el confesor de S. M. el emperador, y las coronas que segun costumbre se suspenden sobre la cabeza de los futuros, mientras el sacerdote tomando en su mano las manos derechas de los consortes envueltas en su estola, les hace dar tres vueltas en torno de los libros sagrados, esas coronas, digo, fueron suspendidas la del gran duque Miguel por el príncipe Guillermo de Baden, y la de la gran duquesa Olga por su hermano el príncipe Carlos.

Un *Te Deum* solemne anunció la conclusion de la ceremonia, y el regreso á los aposentos interiores tuvo lugar en el mismo orden que la marcha á la iglesia.

Por la tarde las personas mas notables de la corte se reunieron en un banquete en la sala de San Nicolás. No hablaré aquí del esplendor del servicio porque es imposible describir tanta riqueza. Cuando los convidados tomaron asiento, SS. MM. II. advertidas por el gran mariscal salieron de sus habitaciones precedidas de la corte y fueron á sentarse á la mesa de honor. Hubo concierto vocal é instrumental durante la comida, y se echaron los brindis siguientes á que contestaba la artillería:

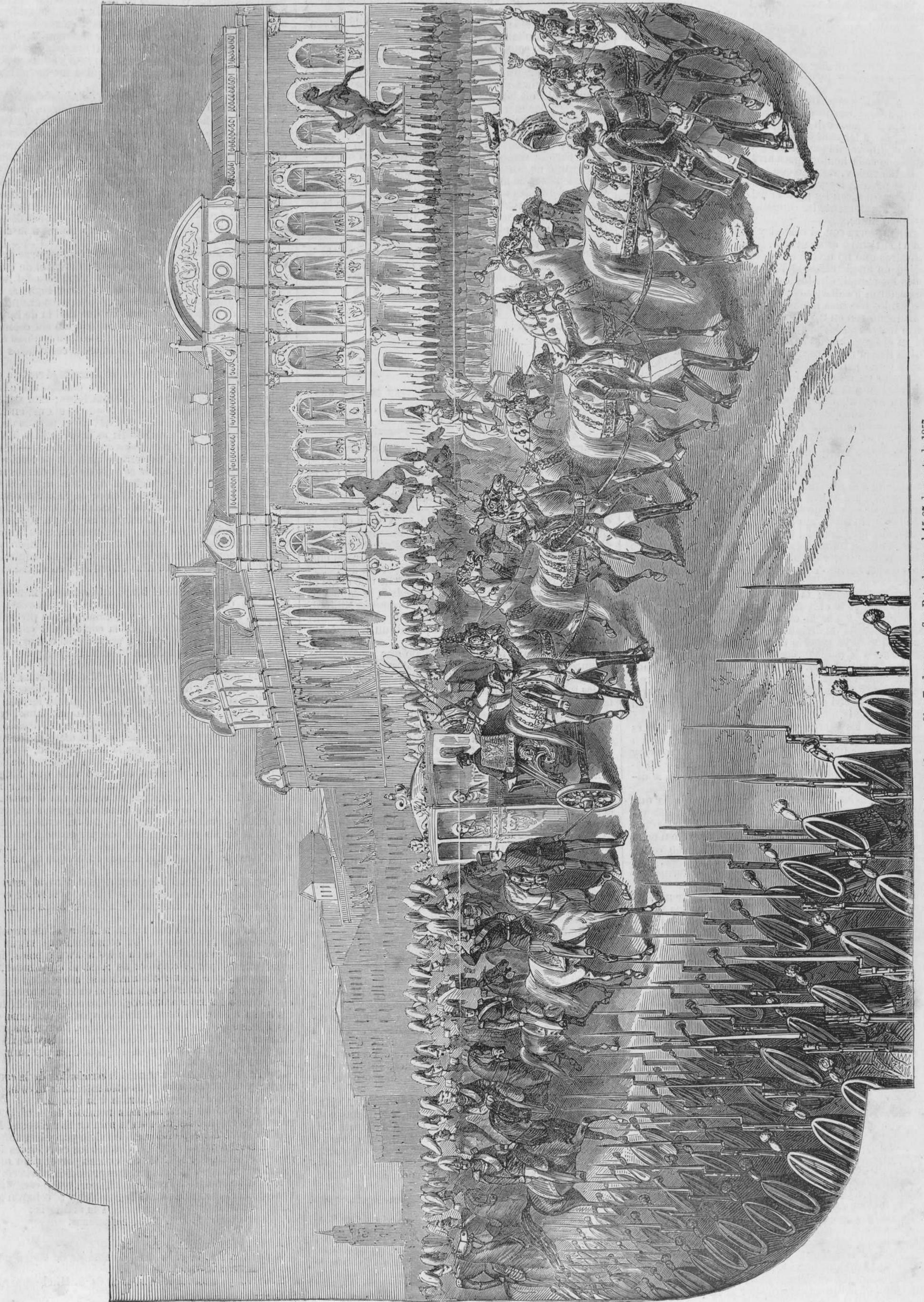
A la salud de SS. MM. II. 51 cañonazos.

A los augustos casados, 31.

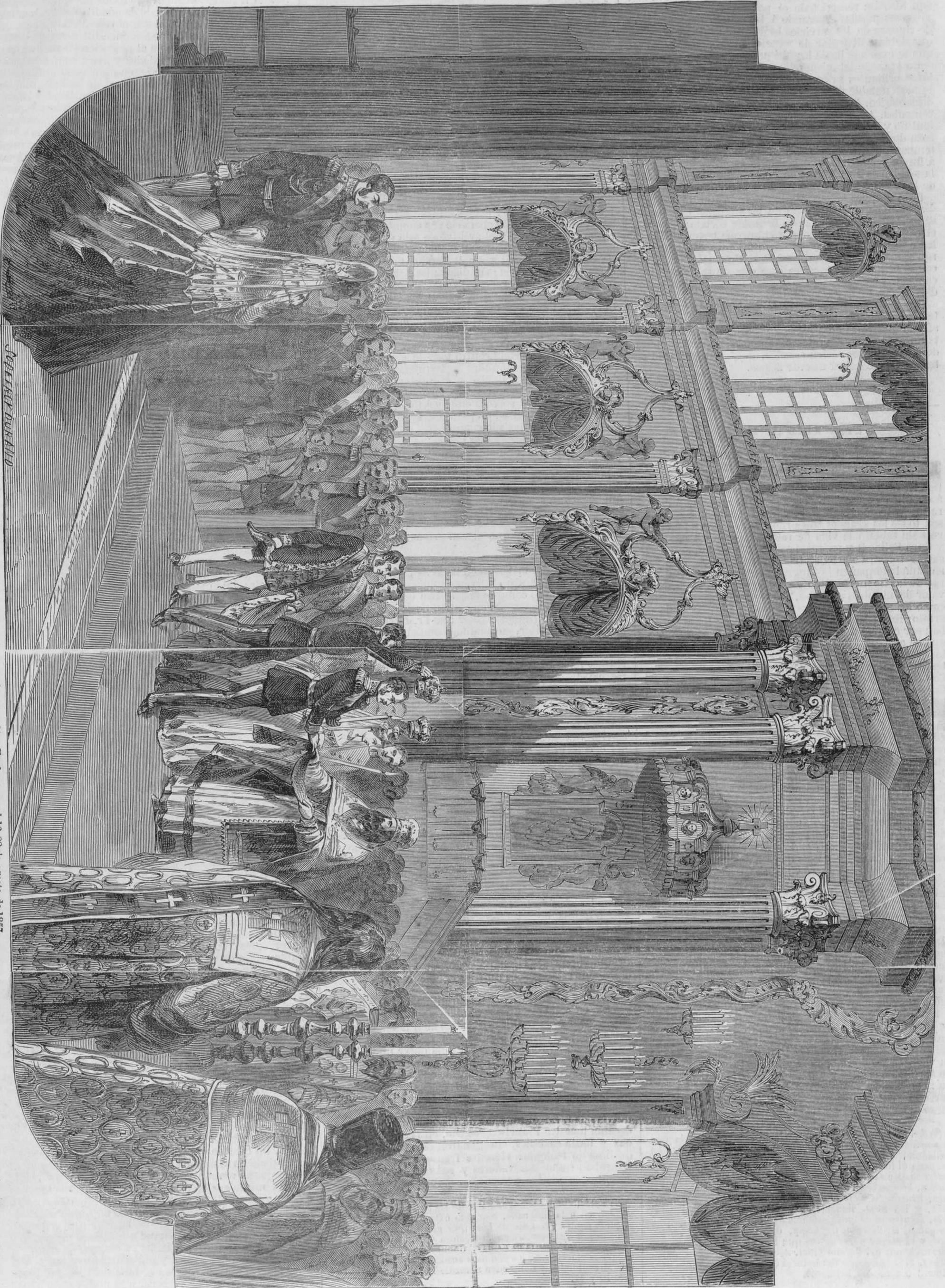
A toda la familia imperial, 31.

A SS. AA. RR. el gran duque reinante de Baden y la gran duquesa viuda de Baden, 31.

Al clero y á los fieles súbditos de S. M. el emperador, 31.



Entrada solemne de la gran duquesa Olga Feodorovna en San Petersburgo, el 15-27 de agosto de 1857.



Ceremonia del casamiento del gran duque Miguel Nicolaiévich con la gran duquesa Olga Feodorovna, el 16-28 de agosto de 1857.

Pero no se crea que el banquete se limitó al de la sala San Nicolás; recorrí todo el palacio y por todas partes ví mesas puestas esperando á los convidados; el grado de riqueza de los servicios indicaba la categoría de los que debían disfrutar de aquella hospitalidad imperial que se extiende hasta los últimos oficiales de la casa.

En la tarde del mismo día un baile reunió en los vastos y brillantes salones del palacio de Invierno á todo lo mas notable de San Petersburgo, incluso el cuerpo diplomático, que no necesito decir asiste á todas las ceremonias. Antes del fin del baile el gran duque Constantino y la gran duquesa su esposa fueron en una carroza dorada por el muelle del Neva al palacio designado temporalmente para la residencia de los nuevos esposos á fin de recibirlos. Una brillante iluminacion rodeaba la residencia imperial y se prolongaba hasta mas allá de la casa imperial como un círculo de fuego.

Poco despues advertidas SS. MM. de que todo estaba dispuesto para la recepcion de los augustos casados, se dirigieron allí formando un brillante cortejo casi como el de la víspera; únicamente el emperador no iba á caballo sino en un coche de cuatro asientos con la emperatriz madre y los nuevos esposos. Un cortejo de noche con el brillo de las luces es cosa que no se ve con frecuencia, y puedo asegurar que no fué uno de los episodios menos interesantes de la fiesta.

Hoy ha tenido lugar una representacion de gala en el teatro; asistí en Moscu á una funcion como esta, y afirmo que quizá en ninguna parte del mundo se ven tantos esplendores, tantos diamantes. Mañana despues de felicitar á los recién casados, la corte volverá á Peterhoff donde habrá nuevas fiestas.

P. BLANCHARD.

Fray Luis de Leon.

El siglo XVI fué todo español, y aun con la antitesis que forman el genio expansivo y emprendedor de Carlos de Austria y el carácter tético é intolerante de Felipe II, brillante ropaje viste nuestra nacion, bastante á encubrir por entonces el cáncer que empieza á devorarla. Instrumento de la Providencia, Carlos I, como lo son todos los grandes trastornadores del mundo, favorece sin saberlo la vida de relacion entre los pueblos; y duro Felipe II y enérgico contra la reforma, no puede salvar nuestra nacionalidad eminentemente católica, sin que la empañen la sangre de los tormentos y el humo de las hogueras. Uno y otro hemisferio admiran el valor de nuestros soldados, y los discípulos de Lutero, como los sectarios del Coran, resisten con dificultad su arrojo; los artistas españoles aprenden en Italia y acaban por crearse una vigorosa originalidad; nuestra lengua es europea, y el gusto, las modas y costumbres de los españoles imperan en la literatura y en los trajes, teatros y salones diplomáticos de todos los países cultos. Con razon Felipe II llamaba á la capital de Francia, *mi bella ciudad de Paris*. En medio de tanta grandeza, tres hechos culminantes caracterizan aquel siglo, y tres fases diversas nos ofrece la vida del agustino de Salamanca. El Santo Oficio usurpa las facultades de la magistratura, invade las atribuciones de las Cortes, y receloso y suspicaz, oprime la inteligencia y suspende en su progreso las ciencias políticas sociales. Fr. Luis de Leon, independiente como todo genio elevado, iniciador como toda imaginacion brillante, cinco años estuvo preso en las cárceles secretas de la inquisicion de Valladolid. A la reforma religiosa sucede la reaccion; un fraile agustino rompe en Alemania la unidad de la Iglesia, y un militar español se levanta á defenderla y crea en la compañía de Jesus el defensor mas decidido de la autoridad pontificia; y cuando el panadero de Harlem y el sastre de Leyden predicaban sus extravagantes aberraciones, España abundó en escritores ascéticos y místicos, como Fr. Luis, restaurador erudito á la par de los libros sagrados, y recordó sus triunfos militares, y estableció el alcázar de sus reyes en un monasterio, simbolo grandioso de lo que fueron nuestras artes. El siglo de oro de la literatura española da á nuestro idioma todo su vigor, riqueza y armonía; la poesia, con especialidad, toma formas muy variadas, y el vate de Belmonte, con una naturalidad que encanta, con esa elevacion de pensamientos que como al descuido expone, fué acaso el que creó la oda española.

Hijo, nuestro célebre poeta, del licenciado don Lope de Leon, oidor de la chancillería de Granada, y de doña Inés de Varela, nació por los años de 1527 en la villa de Belmonte (Cuenca) (1), donde pasó los primeros años de su vida. Como don Lope era abogado de la corte, hubo de seguirla á Madrid y Valladolid, y Luis le acompañaba: contaba ya catorce años de edad cuando su padre le envió á Salamanca para que estudiara cánones; pero como desconociera las caricias maternas, como se veia

postergado, quizás en el cariño paterno, á sus hermanos mayores, se desarrolló en él inclinacion tan decidida por el retiro, que tomó el hábito de san Agustín en el monasterio que hubo en esta ciudad, y en 29 de enero de 1544 pronunció el solemne voto que le arrancaba del mundo.

Discípulo de los mas célebres maestros que tuvo nuestra universidad, Canos, Sotos y Guevaras, dedicado con afán á los estudios teológicos y lengüísticos, y virtuoso hasta la severidad en su conducta, redactó y explicó en su convento unas veces, y otras en la universidad, curiosas disertaciones, de que conservamos noticia. Su reputacion literaria y científica crecia con su modestia: los maestros apreciaban con valia sus opiniones; sus compañeros, entre los que se contaron hombres tan eminentes como el Brocense, Arias Montano, Grial y Salinas, le consultaban, y sus discípulos acogian con fe las doctrinas del agustino. En 1560 se graduó sucesivamente de licenciado y doctor en teología, no sin embrazos que trataron de oponerle sus enemigos, y de que obran documentos en el archivo de esta universidad, y sucesivamente obtuvo por inusitados triunfos las cátedras de Santo Tomás y de Durando. En sus aulas no cabia la concurrencia; sus discípulos brillaban ya; entonces el V. Suarez y Fr. Pedro de Aragon adquirieron el buen gusto y saber que brillan en sus obras, y la Universidad daba un justo tributo á la extension de conocimientos de Fr. Luis, encargándole, con el doctor Miguel Francés, la reduccion del Calendario, despues de celebrado el último concilio general.

La envidia se revela contra todo lo grande ó bello; las conciencias pusilánimes se inquietan en presencia de un pensamiento iniciador y luminoso; los gemos inaugurados, ni tolerar saben formas que no pueden apreciar; esto que sucedió en todos tiempos y que han visto todos los pueblos, preparó la desgracia de Fr. Luis de Leon. Hubo entre sus compañeros quien le juzgaba «*atrevido y desenvuelto en sus explicaciones*;» creyéndose obligado á oirlas lo menos posible, y ¡dolor causa el revelarlo! cuando ya estaba preso, un catedrático de esta universidad le acusó de «*ser muy afecto á cosas nuevas*,» añadiendo que «*esto es lo principal que se debia remediar*,» y aun hubo quien hizo alarde de negarse á estudiar sus doctrinas, «*porque no queria saber novedades que quitaban el sueño*.» Causas existieron que ya conocemos (1), y que dieron armas contra el sabio agustino.

Las órdenes de Santo Domingo y San Gerónimo estaban en pugna constante con la de San Agustín: aparte de que las separaba su diversa solucion á varias cuestiones teológicas, como se disputaban las cátedras de la universidad, interesando en el triunfo la gloria de todo el instituto, no podian olvidar que Fr. Luis habia vencido, como opositor, en cuantas competencias hubiera con dominicos y gerónimos, y como juez habia sostenido siempre el prestigio de los agustinos. Dominicos eran, y objeto á la par de aquellos triunfos de Fr. Luis, los catedráticos Leon de Castro y Bartolomé de Medina, promovedores de la persecucion que le amenazaba; dominicos y por él vencidos en ejercicios literarios los que con mas acrimonia le dirigieron acusaciones.

Habia sustentado Fr. Luis de Leon de palabra y por escrito luminosas proposiciones sobre la autoridad y defectos de la versión Vulgata. Nada importaba que en un acto mayor los maestros de teología se vieran obligados á sostener las mismas doctrinas; se consultadas con los principales españoles que asistieron al concilio de Trento, merecieran su aprobacion; que en Roma y en Lovaina, en Alcalá y Valladolid, en Madrid y Sevilla, y en casi todos los establecimientos literarios del reino, hubieran recibido general aceptacion; tanto brillo cegó á sus enemigos; obra de aquel virtuoso agustino no podia ser buena, porque era amigo de los maestros Grial y Martinez, *afectos á cosas nuevas*, y sostenedores de doctrinas que entonces se calificaron de contrarias á la fe.

Por los años de 1561, á instancias de doña Isabel Osorio, religiosa de Sancti-Spiritus de Salamanca, hizo Fr. Luis de Leon una versión y breves comentarios en lengua castellana, de los cantares de Salomon, sirviéndose de la que habia escrito Benito Arias Montano. Pronto volvió el original á poder de Fr. Luis, segun convenido estaba; pero un fraile que cuidaba de su celda tomó en secreto una copia, y cuando el autor quiso recoger las que de esta se hicieran, le fué imposible, porque se habia propagado maravillosamente. Nadie habia tachado la traduccion, antes bien habia sido justamente apreciada en España y fuera de ella; solo sus enfermedades impidieron á Fr. Luis hacer una edicion latina, que oscureciera hasta el recuerdo de aquella; pero estaba infringida la prohibicion de publicar en lengua vulgar los libros de las Sagradas Escrituras.

Por último, tratábase de suprimir la Exposicion de Vatablo, y el Santo Oficio exigió que la calificara esta universidad. En el hospital de las escuelas y casa del decano, maestro Francisco Sancho, en reuniones privadas y hasta casuales, cuestionaron con calor los catedráticos de teología; viéronse frente á frente los que figuraban como innovadores y sus adversarios, y saciaron enemistades personales, y se dirigieron repug-

(1) Estas, como la mayor parte de las noticias inéditas que se leen en esta biografía, han sido extractadas del proceso seguido contra Fr. Luis de Leon por el Santo Oficio y publicado por vez primera en la preciosa *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, debida á la laboriosidad é ilustrada eleccion de los eruditos académicos de la historia, don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda. Madrid. Tomos 10 y 11.

nantes insultos: el mismo Fr. Luis dice que voceaban y no se entendian. Si á esto se añade que el catedrático de Durando contribuyó á que el consejo prohibiera una obra que ya tenia impresa el maestro Leon de Castro, ¿quién no explicará que al poco tiempo se dirigieran inculpaciones mil, infundadas y hasta contradictorias, al que habia trabajado mas en enmendar la Biblia de Vatablo? El maestro Fr. Bartolomé de Medina, que habia prometido vengarse, reunió estudiantes en su celda, y recogió sus pensamientos y firmas contra la reputacion acrisolada de Fr. Luis; y como la santa inquisicion era intolerante en materias teológicas, como perseguia con rigor todo lo que lastimara pudiera en lo mas mínimo al catolicismo, tal como el monarca y los inquisidores lo entendian, nuestro agustino fué llevado preso á las cárceles secretas de la inquisicion de Valladolid, en virtud de mandamiento despachado en 26 de marzo de 1572, con secuestro de bienes.

«*Es cosa ordinaria*, decia Leon, viendo á uno preso » por este Santo Oficio, decir el vulgo mil cosas, sin » piés ni cabeza. » En las principales universidades y conventos de la Peninsula y de nuestras posesiones americanas, se acogieron acusaciones, sin advertir que Fr. Luis puede contestar con sus escritos, y mejor con su conducta, á los cargos frecuentemente ridiculos que le hacen, y que retratan bien al tribunal que entonces era, si no la cabeza, el brazo derecho del monarca español. Parecia que la inquisicion recordaba en el agustino de Salamanca al de Witemberg, y de seguro no olvidaba que en el siglo anterior, Pedro de Osma habia defendido públicamente y en las mismas aulas doctrinas protestantes. El fiscal declara, que el traductor de los Cantares de Salomon habia incurrido en la pena de excomunion mayor, y pide que sea puesto en el tormento; Fr. Luis enferma, y entenece con las vivas descripciones que hace en los jueces de lo afflictivo de su posicion, y las quejas que le dirige por la arbitrariedad con que procedian. A pesar de que todo le favorece, hasta el 7 de diciembre de 1576 no fué absuelto, y admira la multitud de escritos de letra propia que presentó para su defensa, porque ventilan con suma erudicion muchas cuestiones teológicas.

De este triste período de la vida de Leon son las primeras poesias que conservamos, y en la cárcel escribió los *Nombres de Cristo* y la preciosa obrita, *in Psalmum XXVI Explanatio*. Desconsolador es en verdad que á los desastres, á las persecuciones y á las cárceles deba la humanidad tan importantes elementos para su desarrollo: en la misma época, entre el torbellino de las batallas, que matan todo sentimiento tierno, y del choque de las lanzas y de los escudos, salieron chispas de inspiracion para Jorge Manrique y Boscan, Mendoza y Garcilaso, Lope de Vega, Ercilla y Cervantes. Y no aparezca imposible que se desarrollase el genio, tan comprimido entonces bajo el enorme peso del Santo Oficio: era solo inexorable en materias teológicas, y pocos sabios que las trataron se libraron de su terrible poder; por lo mismo, el inofensivo campo de la poesia estaba libre para todos, y como dice un moderno historiador, complacia á los inquisidores y al monarca, que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores, y los dulces desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo mas libre, y refugiándose á él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron de la poesia una especie de soberana de la literatura.

Luego que Fr. Luis obtuvo su libertad, de Salamanca salieron á recibirle en triunfo las personas mas distinguidas, y en claustro pleno fué admitido á su cátedra y á todos los honores, á pesar de que insistiera en renunciarlos. Entonces tambien, la universidad reconocida le señaló una pension por explicar públicamente Sagrada Escritura, y en el primer día lectivo, ante la numerosa concurrencia que ansiaba oír su voz y admirar su saber, pronunció el tan celebrado como expresivo *dicebamus hesternis die*. Espectáculo interesante el que ofreciera en aquel momento la cátedra de nuestro agustino: fijas en él con avidez suma las miradas de los concurrentes, cuando esperaban todos oír siquiera el simple relato de sus desgracias, bastante acusador por sí mismo, él, radiante de alegría, con la frase mas digna de un mártir; porque ni recuerda la ofensa al perdonarla, suprime el tiempo de sus persecuciones y reanuda su discurso con la última explicacion. Desde entonces se ocupó con mas interés en continuar algunos y emprender los mas de sus importantes escritos; pero hubo necesidad de que su provincial le obligase á publicarlos.

Estando Fr. Luis en Madrid, conoció á la celebrada Madre Ana de Jesus, en cuyo obsequio escribió la vida del Santo Job; el Consejo real le encargó la difícil cuanto honrosa obra de corregir los escritos de Santa Teresa, y la desempeñó con todo el acierto que prometian sus celebradas dotes, publicándolos en 1587 con un elegante y erudito prefacio. «*El trabajo que he puesto en ellos*, » dice, no ha sido pequeño, porque no solamente he » trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el » Consejo me mandó, sino en cotejarlos con los origi- » nales mismos, que estuvieron en mi poder muchos » dias. » La comision no pudo ser mas oportuna: otro que el autor de los *Nombres de Cristo* no hubiera entonces comprendido el ascetismo de aquella mujer divina, para quien el amor es la virtud que todo lo allana, que llora con los que lloran, hinche su corazon de gozo contemplando la faz de Dios, y ora con todos y por todos. «*Seguidla, seguidla*, decia Fr. Luis de Leon; el Espí- » ritu Santo habla por su boca. » Ni pudiéramos hallar

testimonio mas recomendable de las bellas dotes literarias de la mujer mas grande de su siglo, que el que con su habitual sencillez nos dejó Leon en el prefacio citado: « Si no la vi, dice, mientras estubo en tierra, ahora la veo en sus libros y fojas... y en la forma de decir, » y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia » y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada, que deleita en extremo, dudo que haya en nuestra lengua escritura que con ella se iguale. » La hermana de Felipe II encargó á Fr. Luis que escribiera la biografía de santa Teresa, « persuadiendo, como dijo Fr. Diego de Yepes, de que ninguno había entonces que mejor pudiera satisfacer á este argumento y á su deseo: » el segundo duque de Feria le pidió que redactara un *Tratado de las obligaciones de los Estados*; pero careció de tiempo para concluir tales trabajos. Aquel corazón delicado y tierno renunciaba con placer á todas las vanidades del mundo, cuando en la isleta que aun forma el Tormes, junto á una casa de campo propiedad de su convento, se dedicaba á leer las obras del inmortal Fr. Luis de Granada: sin embargo, su órden le abrumó con las mas delicadas comisiones, y en 1591 le nombró vicario general de la provincia de Castilla, y en el capítulo que en 14 de agosto del mismo se celebró en Madrigal, fué electo provincial.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Primeros modelos para el otoño. — Diferentes prendas á la órden del día. — De las nuevas levitas-paletós. — Los chalecos y los pantalones siguen lo mismo. — Los sastres buscando clientela femenina. — Discusion sobre los corpiños de paño. — Las máquinas de coser funcionan. — Carreras de caballos en Chantilly. — Enumeracion de personajes. — De los trajes que llevaban. — Fiesta dada al duque de Cambridge por el embajador de Inglaterra en Chantilly. — Antiguos esplendores de Chantilly. — Descripcion del figurin de este número representando trajes de otoño.

Aunque todavía no hemos llegado al invierno, ya se piensa en las prendas que deben reemplazar á las de verano. Las noticias no son aun positivas, pero ya hay modelos para juzgar de las próximas novedades. — Hemos visto ya unos sobretodos de tres costuras con faldones bastante largos. Se hacen con una ó dos hileras de botones, pero siempre con un cruzado ancho y cuadrado. Los de una sola hilera llevan una cartera larga.

Tambien se vuelve á los paletós derechos, aunque menos anchos que los paletós-sacos. Estas prendas que apenas ajustan, tienen mas gracia y mas estilo que los paletós demasiado anchos de este verano. El paletó derecho dibuja el talle sin marcarle.

Se harán asimismo levitas-paletós de uatina rayada y forradas con una tela de abrigo, á fin de llevarlas sin sobretodo cuando no haga un frio extraordinario. Estas levitas-paletós se cruzan sobre el pecho, y se cierran de arriba á bajo con cuatro ó cinco botones. El cuello y las solapas son de terciopelo ó de seda, adorno que está muy á la moda.

Para las mangas continúa el mismo género de anchura exagerado hasta el exceso por arriba, y estrechándose desde el codo hasta la bocamanga.

Tambien tenemos otra clase de levitas que llaman á la inglesa.

En cuanto á los chalecos y pantalones hasta el dia los cambios de corte y de forma no presentan la mayor importancia.

Sin embargo, los chalecos se cierran mucho mas altos que el invierno último, pero siempre se hacen de chal.

Aun se ven algunos de chal cruzado, y estos llevan aberturas variadas.

Los pantalones no se hacen justos como en otro tiempo, sino que tienen una anchura razonable. Es de creer que conservarán esta anchura durante el invierno. El pantalon negro se hace un poco menos ancho por abajo que el pantalon de fantasía, porque sirve para vestir y cubriría demasiado la bota de charol.

Los sastres de París extienden su clientela femenina todo cuanto pueden. Esto es muy natural; un sastre trabaja mucho mejor el paño que una mujer acostumbrada á la seda y los encajes. La cuestion de los corpiños de paño ajustados y con faldetas está á la órden del día; las mujeres bien hechas votan en pro, las menos favorecidas pretenden que el talle ajustado de ese modo produce el peor efecto, y que además esas prendas solo están admitidas entre cierta gente.

Se ha decidido pues que las mujeres bien hechas conservarán esa prenda muy larga, y que las mas modestas adoptarán el paletó semiajustado derecho y sin cuello.

El albornoz entra tambien en las atribuciones del sastre. Hé ahí todas mis noticias sobre las primeras novedades de otoño.

Debo decir dos palabras sobre una gran mejora industrial. Las primeras casas de París emplean con buenos resultados la máquina de coser para toda clase de prendas. Gracias á la invencion se fabrican vestidos en un soplo.

Ahora que he dicho todo lo que sabia relativamente á las modas de invierno, hablemos un poco de las carreras de caballos de otoño y de la caza.

Las carreras de Chantilly habian atraído á la flor de la elegancia. El recinto del peso estaba lleno, como siempre que se trata del gran premio Derby.

Distinguíanse allí los señores: Príncipe Marc de Beauvau, príncipe Etienne de Beauvau,

conde de Morny, conde F. de Lagrange, vizconde Paul Daru, conde de Hedouville, conde W. de Komar, conde Alfred de Noailles, conde A. des Cars, conde P. Røederer, vizconde A. de San Roman, conde de Prado, conde de Cambis, baron de la Rochette, vizconde de Lauriston, marqués Em. de Noailles, conde de Louvencourt, príncipe Max de Croy, conde de Bethune Sully, duque de Fitz-James, duque de Caderoune, vizconde A. Talou, marqués O. Talou, baron de Nexon, conde de Perregaux, baron Finot, baron E. Daru, marqués de Mornay, baron el Veauce, Reixet, Moselman, Fasquel de Courteuil, H. Dellamarre, Schickler, Calonge, E. de San Roman, de Bailen (jefe de division de las yeguerías), A. Dupont (inspector de las yeguerías), E. de la Motte, Aumont, Billaut, Odiot, y Fasquel hijo.

Entre los turfistas ingleses estaban los señores G. Pagne, H. Hill, Jackson, Barber, Campbell, Stephenson, y Bland.

No entraré en las peripecias de las carreras siguiendo alternativamente á «Tonerre,» «Febo,» «Monarca,» etc., pues no redacto un periódico de sport; pero sí hablaré de algunos trajes muy caprichosos que llevaban algunos de los personajes que acabo de citar.

— Casaca de montar de paño bronceado con botonadura de oro y plata oxidado, representando cabezas de animales. Pantalon gris claro con bandas, camisa de hilo gruesa, corbata de muaré azul de Francia con flecos á las puntas.

— Casaca de montar color verde-ruso con botones de oro cincelados, pantalon gris, corbata negra sembrada de chispas de rubies.

— Levita de invierno cruzada, de talle largo, chaleco de cachemira mezclilla con chal cruzado.

— Frac á la francesa azul de Prusia con botones de coralina. Pantalon gris, corbata de granadina.

— Frac á la francesa de paño chiné color de castaña y negro con botones artísticos.

Aunque la moda masculina quiera distinguirse, permanece encerrada siempre en límites estrechos, y no puede acercarse al lujo y al esplendor de los trajes femeninos.

Con motivo de las carreras de Chantilly lord Cowley ha recibido en su pequeño palacio de Condé, que es la residencia de verano del embajador de Inglaterra.

El huésped que se esperaba era S. A. el duque de Cambridge.

Gracias al buen tiempo se pudo almorzar bajo una tienda levantada en el parque de Appremont. Los convidados eran la duquesa viuda de Cambridge, el gran duque y la gran duquesa de Mecklemburgo Strelitz y lord Howden, embajador de Inglaterra en Madrid. Despues de la comida hubo paseo por el bosque.

No es de extrañar que en Chantilly se reuna la flor de la aristocracia parisiense, pues es un pueblo que conserva cierta grandeza histórica, esto independientemente del interés que inspiran las carreras de caballos.

En Chantilly están las primeras caballerizas de Francia en punto á caballos de carrera, como verbigracia, las de los señores conde de Lagrange, Lupin, conde de Morny, Schickler, conde de Hedouville, baron Daru, príncipe Max de Croy, príncipe de Beauvau, Delamarre, baron Rostchild y otras muchas.

Las cercanías tienen tambien muchos encantos, y eso que la revolucion pasó su mano destructora por los grandes y hermosos recuerdos de los Condés. Los mármoles se hicieron pedazos, se destruyeron los jardines y el castillo cuyos esplendores inspiraron celos á Luis XIV; pero quedan las caballerizas monumentales y los bosques.

Mientras llegan las modas definitivas del otoño, hé aquí ya algunos modelos nuevos que se pueden observar en nuestro figurin.

El primer personaje lleva un vestido de otoño que se llama «sobretodo á la inglesa;» se diferencia del sobretodo francés en que es mas largo y tiene mas vuelo en los faldones; el talle de espalda tambien es mas ancho (8 cent. por abajo cerca de los botones). Lleva una sola hilera de botones; no tiene bolsillos en los faldones, sino uno pequeño á la derecha para el dinero. Por dentro forro completo de seda.

Debajo nuestro personaje lleva un frac negro con tres botones puestos, un chaleco de piqué blanco de chal y un pantalon bronceado oscuro con bandas de cuadritos; este pantalon va cortado á la moda y carece de trabillas.

La siguiente figura reasume el traje mas distinguido para visitas ó paseo de dia. La levita es de uatina ligera, tejido no tan fuerte como el edredón, pero sí mas que el paño. Lleva dos hileras de botones y solapas añadidas.

Chaleco de casimir paja abierto, de un largo mediano por abajo y derecho de cintura.

Pantalon de satin gris perla de anchura ordinaria y con bandas de la misma tela pespunteadas.

Se han visto ya tantas bandas estampadas que muchos sastres las quitan para volver á ponerlas de la misma tela; estas bandas de dos á tres centímetros de anchura se pegan á pespunte.

El niño que se ve en la lámina lleva un bonito paletó mosquetero de terciopelo color de violeta. Este paletó tiene tres costuras de pegado que dibujan ligeramente las curvas ajustando por todas partes. Mangas guarnecidas con altas bocamangas y botones en relacion con los alamares del pecho.

Debajo se nota por su largo excesivo un chaleco de casimir azul abotonado derecho sin cuello. Pantalon á la húsar rayado con trabillas.

Por último vemos en el figurin un joven vestido de soiré, con frac de hermoso paño bronceado de corte muy nuevo, pues no lleva mas que una sola hilera de botones de metal colocados á la distancia ordinaria. Tampoco la solapa se prolonga por abajo en los delanteros; los faldones se parecen á los de una casaca militar, solo que son mas ligeros. En cuanto al talle se hace justo sin exageracion. Los faldones son largos y poco anchos; van forrados de raso.

Chaleco de valencias gris de florecillas bordadas de seda azul y de chal abierto.

Pantalon gris perla derecho sobre el pié sin trabillas. Corbata de fantasía, cuello vuelto.

El cuello derecho y corto llamado «argolla» se lleva mucho para vestir; sin embargo, muchos jóvenes se cansan porque no es cómodo ni gracioso; además es preciso tener el cuello delgado y alto para llevarle, en tanto que el cuello postizo vuelto sienta bien generalmente con una corbata estrecha.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El campo de Chalons.

El lunes 21 de setiembre las tropas debian ir á bivaquear en las márgenes del Suippe entre la aldea de este nombre y Fonchery; cada regimiento habia recibido de antemano todo lo que necesitaba, y por la mañana salieron de sus campamentos. La caballería ligera iba de vanguardia, las divisiones de infantería en columnas, en medio el convoy y la artillería de reserva; la artillería de campaña tenia su puesto marcado con cada division de infantería y la caballería cubria los flancos.

A poca distancia del bivaque el ejército tomó posicion para rechazar al enemigo que se suponía disputaba el terreno. La segunda division cubierta por las guerrillas se formó en batalla con la artillería á las extremidades y rompió el fuego, y la primera division que se habia quedado en reserva, atravesó la línea marchando á paso de carga para rechazar al enemigo mas allá del rio y tomar posesion del terreno. La caballería de vanguardia y los tiradores cubrieron el ejército sobre la orilla derecha del Suippe, y cada cuerpo fue á tomar en bivaque el puesto que le estaba señalado.

La infantería formaba una primera línea en la orilla izquierda del rio; la caballería estaba en segunda línea y detrás venia la artillería. En un instante la infantería alzó las tiendas-abrigos y se instalaron los soldados. La llanura ofreció de repente un espectáculo animado. Despues de la llegada al bivaque, la primera ocupacion fué formar pabellones, alzar las tiendas y desembarazarse de todo lo pesado; luego principiaron á circular las gamellas.

Al frente de banderas se abren pequeñas zanjas para las cocinas y se enciende lumbre. Durante este tiempo otros han ido á buscar agua, y en un cuarto de hora ya está hirviendo el rancho. Primero se hace el café en unas gamellas grandes, y cada hombre toma una buena parte; es una costumbre que el soldado francés ha contraído en Africa, y que por experiencia parece ser una de las mejores modificaciones introducidas en el régimen del soldado en campaña. Al llegar al bivaque ó antes de salir de él el soldado necesita tomar algo, y el café le procura este refrigerio inmediatamente.

El bivaque del emperador se hallaba establecido en el centro de la primera línea en un bosquecillo. Una tienda grande llamada *Marquesa* era la de S. M.; á la derecha y á la izquierda se habian levantado otras dos, una para S. A. R. el duque de Cambridge y otra para el mariscal Vaillant; los edecanes y oficiales de ordenanza ocupaban una doble hilera de tiendas.

La mesa imperial estaba al aire libre abajo de todos los espectadores. S. M. se encontraba así en la misma posicion que todo el ejército. Despues de comer el emperador se paseó mucho tiempo por los bivaques hablando con los hombres. Parecia estar muy satisfecho de ellos, y el duque de Cambridge que acompañaba á S. M. experimentaba igual impresion.

Fácil es formarse una idea de la animacion que debe reinar en medio de 20,000 hombres entregados á sí mismos y ocupados en los quehaceres de su vida interior. Ofrecen el espectáculo de una confusion general; pero sin embargo, analizando se ve que cada cosa se hace á su debido tiempo y que reina el órden en todas partes.

Aquí se ven escuadrones que van á dar de beber á los caballos, allí marchan los hombres de servicio trayendo la leña ó la carne. Este limpia las armas, el otro hace el rancho para sus compañeros. Unos juegan, otros hablan; por todas partes hay movimiento y alegría.

El tiempo habia estado magnífico, y la noche, una de las mas hermosas que se pueden ver, fué bien empleada. En toda la extension del bivaque se encendieron hogueras que en la oscuridad de la noche ofrecian un golpe de vista admirable. En torno de ellas se destacaban las figuras de los cantantes y de su numeroso auditorio que repetia el canto. La diversion se prolongó mas de lo acostumbrado; pero los hombres se aprovecharon de la latitud que les dejaron para manifestar su alegría en presencia del emperador.

Al otro dia á las nueve las tropas debian dejar el bivaque para volver al campo. En un momento se recogieron las tiendas y todos los utensilios, y en breve no quedó la menor señal en la llanura de la presencia del ejército.

El convoy tomó la delantera y las tropas se prepararon para varias maniobras que tenian por objeto rechazar al enemigo que se suponía debia intentar el paso del rio para inquietar la retirada. Con este fin los tiradores que habian estado en la orilla derecha del Suippe se desplegaron y rompieron el fuego; un destacamento de zuaivos fué enviado para reforzarlos. La infantería estaba en batalla en la orilla izquierda para proteger la retirada de los tiradores que á una señal dada se replugaron por compañías y pasaron el puente bajo la proteccion del fuego de la primera línea. Esta habiendo destacado á su vez los tiradores, oblicuó en masa á la



Campo de Chalons. — Bivac del 1º de coraceros en las márgenes del Suippe.

izquierda y vino á formarse en batalla perpendicularmente á la posición que ocupaba en un principio. Entonces la artillería que estaba en segunda línea y que se quedó á descubierto por aquel movimiento oblicuo, rompió un fuego nutrido. Después se dió una carga al enemigo de flanco sobre la línea de infantería y de frente por la caballería. Sin tener ya nada que temer en su marcha el ejército se dirigió hacia el campo: la artillería y el convoy en el centro, las



Soldados del 4º de ligeros en el bivac del Suippe.

dos divisiones de infantería en columna sobre los flancos y la caballería á retaguardia. — A las dos las tropas se hallaban de vuelta en el campo.

Aquel mismo día S. A. R. el duque de Cambridge dejó el campo de Chalons después de haber manifestado al emperador toda la alegría que experimentaba por la buena acogida que le habían hecho, y la satisfacción que le había causado la vista de aquel hermoso ejército en medio del cual había pasado tres días.



El bivac del emperador.